

 HARLEQUIN

*Desee*™



SEDUCIDA POR SU EX  
ANNE OLIVER

*Desee*

SEDUCIDA POR SU EX

ANNE OLIVER



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2007 Anne Oliver  
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Seducida por su ex, n.º 2049 - julio 2015  
Título original: The Ex Factor  
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6802-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

## Capítulo Uno

El hombre que dormía en su cama tenía un cuerpo hecho para dar placer; un cuerpo esculpido y trabajado hasta adquirir una pecaminosa perfección. Y Melanie Sawyer no había pecado en demasiado tiempo, de modo miró su ancha espalda con ojos hambrientos. Y más abajo, donde la curva del duro trasero desaparecía bajo la sábana de color mandarina.

Le temblaban los labios y los dedos con el deseo de explorar la textura de esa piel, pero solo podía mirar, como en trance, sin moverse para no despertarlo y arruinar el momento.

Él murmuró algo en sueños y Melanie contuvo el aliento. Estaba de espaldas, de modo que no podía verle la cara, pero tenía el pelo oscuro, espeso y deliciosamente despeinado.

Una pena que no estuviera despierto. Una pena que no estuviese en la cama con él. Los amigos de Adam habían dormido allí otras veces, pero no ese. Y nunca en su cama.

Con la mirada clavada en el hombre, Melanie dejó la maleta en el suelo. ¿Estaría completamente desnudo bajo la sábana? Eso esperaba. Pensar eso hizo que el corazón le latiese más deprisa, calentando sitios que no se habían calentado en mucho tiempo. Habían pasado cinco años desde que tuvo el placer de estar en horizontal con un hombre.

¿Quién era?

Melanie giró la cabeza para mirar el salón, había una pila de dvd entre grasientos contenedores de comida china y botellas vacías de cerveza. Ese era el inconveniente de tener un compañero de piso aunque, siendo justos, había vuelto de la conferencia con un día de antelación y sin avisar a Adam.

Un gruñido hizo que volviese a mirar hacia la cama y su ocupante. Con descarado interés, Melanie apoyó un hombro en el quicio de la puerta y observó los fuertes antebrazos, los largos dedos que apretaban la almohada. El hombre se estiró con un letárgico movimiento para tumbarse de espaldas...

Melanie se quedó inmóvil.

Luke Delaney.

¡No! No podía ser. Luke era un ingeniero geólogo que estaba trabajando en algún sitio de Australia central, no en Sídney.

Cuando sus miradas se encontraron vio la misma sorpresa en sus ojos de color café. Luke se incorporó de un salto, pasándose una mano por los ojos, como si también le costase entender dónde estaba.

Su cuerpo se había hecho más firme y musculoso en los últimos cinco años, llevaba el pelo más corto y las líneas alrededor de sus ojos eran más profundas, pero su preciosa boca era la misma. Unos labios gruesos ligeramente inclinados hacia arriba, como si siempre estuviera a punto de esbozar una sonrisa.

Pero no sonreía, al contrario.

–Melanie –dijo por fin.

Esa voz reverberó en sus huesos, más profunda, más rica de lo que recordaba... y lo recordaba muy bien. Recordaba los aterciopelados susurros en su oído, su garganta, sobre sus pechos. Cómo murmuraba su nombre mientras entraba en ella.

Luke se pasó una mano por la cara.

–Cuando Adam mencionó a Melanie... demonios, lo siento. Debería haberme acostado en el sofá, pero Adam me dijo...

–¡Déjalo! –Mel levantó una mano para hacerlo callar. ¿Estaba desnudo? Esperaba que no. Una vez, mucho tiempo atrás, habría apartado la sábana para disfrutar de ese cuerpo duro y vigoroso...

Su rostro estaba marcado por el paso del tiempo, pero no era menos atractivo. Una mano grande, morena, agarró la sábana.

–No pasa nada, Mel. Estoy decente.

Eso era discutible, pensó ella, al ver el calzoncillo oscuro que no podía esconder el impresionante bulto.

Melanie se dio la vuelta, con la cara ardiendo. Al menos estaba fuera de la cama.

–Cuando estés listo...

Nerviosa, se dirigió a la cocina. Tenían que hablar de forma inevitable y necesitaba un poco de cafeína. ¿Dónde estaba Adam cuando necesitaba ayuda? La puerta de su dormitorio estaba cerrada. Melanie respiró profundamente mientras se servía un café. Los recuerdos se agolpaban en su cerebro y el secreto que había

pensado enterrado volvía a la vida...

Luke siguió mirando a la puerta cuando ella desapareció.

Melanie. La recordaba como si la hubiera visto el día anterior, con un jersey de colores, una falda morada, unas botas de color beis atadas con cordones. Siempre tan vibrante. La mujer más atractiva e interesante que había conocido nunca.

Recordaba cómo había sido entre ellos: ardiente, urgente, un viaje rápido al paraíso. Siempre se había preguntado cómo reaccionaría si volviese a verla, si el antiguo deseo estaría a la altura de su recuerdo.

Ya lo sabía y saberlo no lo tranquilizaba en absoluto. Tuvo que hacer un esfuerzo para abrir los puños, luchando contra el deseo de saltar de la cama y seguir el tentador movimiento de sus caderas, la sutil fragancia de rosas y vainilla que había dejado en el aire.

Vivía con Adam Trent, por el amor de Dios. Luke contuvo el aliento. Adam le había dicho que compartía casa con una enfermera, pero no se le había ocurrido pensar que fuese aquella enfermera.

Tomó los vaqueros del suelo. Sobre la cómoda vio una foto enmarcada en la que no se había fijado por la noche. Mel y su hermana Carissa.

Por una parte quería irse y olvidar aquel encuentro. Por otra, quería quedarse y convertir la despedida de cinco años atrás en algo diferente, algo que podría haber durado.

Pero ella no quería una relación seria.

Se puso el jersey que había tirado al suelo e hizo una rápida visita al baño para lavarse la cara con agua fría, recordando que ya no era el hombre al que Mel había conocido. ¿Cómo sería ella cinco años después?

Cuando entró en el salón se quedó inmóvil al verla con una taza de café en la mano, la camisa blanca en contraste con su pelo negro, tan fresca como una rosa. Lo dejaba sin aliento. Seguía teniendo las mismas curvas concisas, delgadas.

—¿Café? —le preguntó ella.

—Sí, gracias.

Luke dio un paso adelante para tomar la taza, notando la seductora curva de sus pechos bajo el jersey.

–Bueno... –Mel se dejó caer en un viejo sofá marrón, tan lejos de él como era posible–. ¿Qué haces aquí?

–Adam es un viejo compañero de instituto. Tomamos unas copas y me ofreció que durmiera aquí porque su compañera no volvería hasta esta noche.

–Ah.

¿Había decepción o alivio en su tono? Un momento de conversación civilizada y se iría de allí.

–Siento ser un estorbo.

Ella se encogió de hombros.

–No sabía que estuvieras en Sídney –murmuró, mirando su taza.

–Porque no estamos en contacto.

Los dos se quedaron callados, los recuerdos como sombras entre ellos. Pero no tenía sentido recordar el pasado, ni hacer preguntas, ni buscar culpables.

–Has vuelto antes de lo previsto de la conferencia, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

–Mi compañera de habitación roncaba y no podía soportarlo más, así que a las tres de la mañana hice la maleta y volví a casa.

–Es extraño esto del destino.

Melanie esbozó una sonrisa.

–Hablas como Carissa.

–¿Cómo está, por cierto?

–Felizmente casada y embarazada.

–Me alegro –Luke hizo una pausa–. ¿Y tú?

–Soltera. Y me sigue gustando.

Entonces ¿por qué esa animosidad en su tono? Era casi como si estuviera intentando convencerse a sí misma. Luke esperaba que le preguntase y tuvo que tragarse la decepción cuando no lo hizo.

–¿Tus padres están contentos de que hayas vuelto?

En su tono había cierta amargura y eso le sorprendió porque solo había visto a su padre una vez y vivían fuera cuando salían juntos.

–Aún no lo saben. Han ido a la isla Stradbroke durante unas semanas para tomar el sol, así que estoy solo en esa enorme casa.

La casa que la madre de Melanie limpiaba dos veces a la semana. Melanie lo pensó y él lo leyó en sus ojos.



La primera vez que la vio fue en el funeral de su padre. Había charlado un rato con su hermana Carissa, pero fue Melanie quien llamó su atención. Apenas dos meses después había vuelto a verla en un cóctel en el que Melanie trabajaba como camarera. La camarera bohemia buscando emociones y nuevas experiencias. Y sí, las habían encontrado, pero la relación terminó tres meses después.

–¿Por qué decidiste ser enfermera? Si no recuerdo mal, no podías soportar la sangre.

O el vómito. Se le encogió el estómago al recordar el parque de atracciones Luna Park, en el que pasó la peor y la mejor tarde de su vida. Había pasado una eternidad desde esos días dorados de risa, alegría y amor bajo el sol.

Ella apartó la mirada para acercarse a la ventana.

–Era algo que necesitaba... necesito hacer.

Si no la conociera diría que parecía frágil, insegura.

–¿Qué pasó?

–La vida pasó –Melanie se tocó el corazón como sin darse cuenta–. Era hora de ponerse seria.

–¿Seria?

Mel nunca había querido ser seria. Luke pensó que en su última noche y apretó la taza cuando la escena pasó por su mente como si fuera una película. Había sido un idiota al pensar que podrían haber sido algo más.

–Sí, seria –repitió Melanie, irguiéndose orgullosa.

Su relación había sido tan intensa, tan ardiente y tan temporal, algo destinado a morir. Una simple aventura. ¿Qué otra cosa podía haber entre una camarera y el hijo de un millonario?

–¿Entonces estás contenta, eres feliz?

–Nunca me he sentido mejor –respondió Melanie. Y lo decía en serio. Estaba haciendo lo que más le gustaba, ayudar a niños enfermos. Eso era suficiente.

Tenía que ser suficiente.

Los dos volvieron la cabeza cuando Adam apareció en el salón despeinado y con los ojos vidriosos.

–Me había parecido escuchar voces. Ah, ya veo que os habéis presentado.

–Buenos días, Adam –Melanie miró a su compañero de piso.

–Yo ya me iba –dijo Luke, dejando la taza sobre la mesa–. Me ha alegrado volver a verte.

–Quédate a desayunar –dijo Adam–. Mel hace las mejores tortitas con sirope de arce.

Su cuerpo cubierto de sirope de arce... el recuerdo hizo que Melanie apartase la mirada.

–Seguro que sí –murmuró Luke–. Tengo que irme –se inclinó para hablarle al oído, su aliento ardiendo, los ojos brillantes–. El sexo era genial, ¿verdad?

Melanie contuvo el aliento. ¿Cómo se atrevía?

Luke miraba sus labios y casi le pareció que estaba besándola.

–Nos vemos más tarde.

Frotándose los brazos como para protegerse de la emoción, Melanie se quedó mirando la puerta hasta que oyó a Adam lanzar un silbido.

–¿Ha habido una tormenta eléctrica o qué? Casi podía ver las chispas saltando por todas partes –bromeó–. Siento haberle dicho que podía dormir aquí, pensé que volverías esta noche. Y tampoco esperaba que te enfadases tanto. ¿Estás bien?

Mel se sirvió un fortificante café.

–Estoy bien. Además, ya es tarde, el daño está hecho.

–¿Qué daño?

–Las sábanas.

–¿Las sábanas? –Adam se pasó una mano por el pelo–. Pensaba cambiarlas antes de que volviesses.

–¿Creías que no me daría cuenta?

–Pues sí, la verdad –Adam se dejó caer en el sofá–. Luke es un buen tipo, Mel. Y ha hecho una fortuna fuera, la mayoría de las mujeres pensarían que es un partidazo.

¿Fuera del país? ¿Y su trabajo en Queensland? Le gustaría preguntar, pero no podía hacerlo sin entrar en los sórdidos detalles de su aventura y no tenía ganas en ese momento. Era más fácil fingir que no lo conocía.

–¿Haciendo qué?

–Es ingeniero geólogo –respondió Adam–. Trabaja con ingenieros de caminos. Ha estado en Dubái. Por cierto, esa subasta que las chicas habéis planeado...

¿La subasta donde todo el mundo era emparejado con un

miembro del otro sexo?

–¡No!

Con su mala suerte, Luke sacaría su número.

–Puede pujar, Mel. Es soltero, guapo, simpático. Además, le vendría bien un poco de compañía femenina mientras está aquí. Es un asunto benéfico y Luke tiene dinero para aburrir.

«¿Mientras está aquí?». De modo que estaba de vuelta en Sídney temporalmente. Mejor. Mel se encogió de hombros, fingiendo leer la contraportada de un dvd.

–Puede que tenga buen aspecto –murmuró. De hecho, era la fantasía de cualquier mujer– pero una mujer necesita algo más que un cuerpazo y una sonrisa sexy.

Pero al proyecto Rainbow le iría bien el dinero y el premio no la incluía a ella. Entonces, ¿por qué no le gustaba la idea? Porque no quería pensar en Luke con una de sus colegas.

–Es demasiado tarde –murmuró, frotándose los brazos, helada de repente–. Las pujas terminaron ayer.

Adam se limitó a sonreír mientras recogía las botellas y latas de la mesa.

Melanie frunció el ceño, aprensiva. Cuando Adam sonreía así y no replicaba, era porque sabía algo que ella desconocía.

## Capítulo Dos

Esa noche Melanie no podía dormir. Probablemente porque no había sido capaz de cambiar las sábanas. Qué estúpida. Y estaba durmiendo desnuda, respirando el olor de Luke en la almohada.

¿También él se habría sentido inquieto? ¿Habría dado vueltas en la cama, recordando inconscientemente su aroma?

La sábana le rozaba las partes más sensible del su cuerpo. Suspirando, se movió hacia una zona más fresca de la cama, intentando concentrarse en el golpeteo de la lluvia contra los cristales.

Melanie suspiró, golpeando la almohada. Luke Delaney despertaba a la ninfómana que había en ella. No había estado con otro hombre desde entonces.

Solo la había querido por el sexo. Y no le avergonzaba admitir que ella estaba encantada, pero cuando hablaron de algo más serio él dejó claro que quería una familia. Melanie se sentía demasiado joven como para sentar la cabeza y quería algo más que contentarse con vivir a las afueras, tener un par de hijos y hacer el papel de esposa de un hombre rico.

Aunque Luke no se lo hubiera pedido. Ella sabía qué clase de mujeres prefería para ese papel porque lo había visto con chicas elegantes y guapísimas antes de que se fijase en ella. Mujeres de familia rica que le darían hijos refinados.

Se había dicho que daba igual, ¿por qué no disfrutar de la aventura mientras durase? Pero le dolía y mucho, lo había descubierto la última noche.

Hacía calor aquella noche, Luke se había dado la vuelta en la cama, cubierto de sudor, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

–Ha sido...

–Sí, es verdad –lo había interrumpido ella–. Pero parece que ha terminado, ¿no?

–¿Por qué ha terminado? –le había preguntado Luke.

–No nos hemos hecho promesas. ¿No era eso lo que tú querías? Sexo sin complicaciones.

–¿Sin complicaciones? –había repetido él–. Tú eres la mujer más complicada que conozco –Luke frunció el ceño mientras se incorporaba–. ¿Qué te pasa?

Mel se incorporó también, tapándose con la sábana.

–He estado trabajando en un cóctel... tu boda va a ser el evento social del año.

Luke hizo una mueca.

–¿Te importaría decirme quién es la novia?

–Esa chica, Eleanor, de apellido aristocrático. He visto fotografías de los dos juntos.

–McDonald–Smythe –dijo Luke–. Son habladurías, Mel. No sabes cómo le gusta a la clase alta extender rumores y mentiras.

–¿Quieres hablar de mentiras? –Melanie intentó apartarse, pero él no la dejaba–. ¿Por qué había una foto de los dos en la Copa de Melbourne?

Él cerró los ojos brevemente. ¿Para inventar una excusa?

–Eso fue en noviembre. Tú y yo habíamos empezado a salir juntos una semana antes y sabías que iba a Melbourne para asistir a la Copa. Vi a mucha gente, pero no se me ocurrió hacer un inventario de nombres.

No, pero había habido otras veces en esos cortos tres meses: entrevistas, reuniones, eventos que organizaba su padre. Nunca le había pedido que lo acompañase.

–Una camarera no entra en los planes de tu familia –por fin logró soltar su mano y en esa ocasión Luke no hizo nada para recuperarla.

De hecho, apartó la mirada, como si aceptase la verdad en sus palabras.

–¿Y mis planes? –el rostro se le oscureció, las venas de su cuello destacando como cuerdas–. Resulta que me han ofrecido un puesto en Queensland y pienso aceptarlo.

Melanie contuvo el aliento y él respiró profundamente como a punto de decir algo, pero no dijo nada. ¿Por qué no lo decía? «Ha sido divertido, pero se ha terminado».

Melanie apretó los dientes. Así era como debía ser. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

–Bueno, entonces es el mejor momento –le dijo, mientras buscaba su ropa–. Me han dicho que hay trabajos en el norte, en ese nuevo hotel.

Era mejor dejar que ser dejado. En el fondo, sabía que no había sitio para ella en la vida de Luke y que no podía competir con las mujeres que lo rodeaban.

–¿No es eso lo que quieres, Mel? –escuchó su voz tras ella.

–Es hora de despedirnos –respondió, intentando esconder su pena tras una sonrisa–. Me he dado cuenta de que somos demasiado diferentes como para que haya algo más entre nosotros. Lo hemos pasado muy bien, pero no puede haber nada serio entre los dos.

–¿De verdad crees eso? –Luke sacudió la cabeza–. O te he juzgado mal o mientes mejor que nadie.

Melanie intentó borrar esas imágenes. Tal vez ella había sido la mentirosa. Se había ido de Sídney al día siguiente, jurando no volver a dejar que un hombre la afectase de ese modo.

Pero ese hombre había vuelto.

Al día siguiente, Luke conducía el Ferrari entre el tráfico de Sídney pensando que debía llamar a sus padres. Cuando su padre le dijo que era hora de ponerse serio no se refería a la cadena de restaurantes que había convertido en franquicia. Se refería a que debía casarse y darle un nieto.

Colin Delaney era un hombre testarudo y su madre... Luke sacudió la cabeza, su madre hacía lo que su padre decía. Aunque la quería, él no podría soportar una esposa tan dócil. Y, por supuesto, Melanie era la antítesis de dócil.

¿Qué pensarían de ella sus padres? Su forma de vestir, su desdén por la alta sociedad y sus convenciones...

Una noche le convenció para darse un revolcón en el jardín, frente a una fuente. La sonrisa se le suavizó ante el recuerdo. Su pobre madre nunca sabría quién se había cargado los nenúfares.

Luke golpeó el volante con el puño y pisó el acelerador. Cinco años y el recuerdo seguía haciendo que se excitase. Era tan diferente a las mujeres que solían atraerlo, tan interesante, tan divertida, tan sexy. Cuando consiguió el puesto en Queensland había pensado pedirle que fuese con él, pero los planes de Melanie

no incluían marido e hijos.

Luke detuvo el coche frente a la casa de Adam.

–Hola –su amigo subió al coche con una boa de plumas al cuello–. ¿Te importa si pasamos por el hospital? Mel ha prometido prestarle esto a una amiga y se le ha olvidado llevársela.

–Te queda muy bien –bromeó Luke.

–Podía oler el perfume de Melanie en las plumas como si estuviera en el coche con ellos.

–¿Que hay entre vosotros? –le preguntó Adam.

–Nos conocimos hace unos años –Luke miró por el retrovisor–. Fue una aventura intensa.

–Ah, por eso esta mañana estaba tan seria.

Luke intentó concentrarse en conducir y no en imaginar a Melanie con esa boa de plumas.

Cinco minutos después aparcaba frente al hospital y esperó a Adam en el aparcamiento porque no quería ver a Melanie.

Un impresionante trasero redondo llamó entonces su atención. Su propietaria estaba inclinada sobre el motor de un coche...

De repente, la mujer soltó una palabrota.

–¿Algún problema? –le preguntó. Había reconocido el trasero, la voz y el pelo negro cayendo sobre los hombros.

Ella se dio la vuelta.

–¡Luke! –exclamó–. Estaba esperando a Mikey –dijo luego, mirando el reloj.

–¿Qué pasa?

¿Y quién demonios era Mikey?

–Esta cosa no arranca. Creo que es la batería.

–No pasa nada, Mikey conoce bien mi coche, es mecánico. Imagino que has venido con Adam. ¿Me ha traído la boa?

–Sí, está en la puerta... –murmuró, sacando el móvil para llamarlo.

Un momento después Adam se reunió con ellos y Luke tuvo que controlar una irracional punzada de celos.

–Gracias –dijo Melanie, quitándole la boa del cuello.

Adam miró de uno a otro.

–Bueno, si queréis estar...

–Estamos esperando a Mikey –lo interrumpió ella–. Ah, ahí está. Ya podéis iros, Mikey solucionará el problema.

–¿Quieres que tomemos una copa esta noche? –preguntó Adam.

–No, esta noche no puedo.

–A ver si lo adivino, tienes que lavarte el pelo –bromeó.

–Tengo una cita –dijo ella. ¿Era una simple impresión o los ojos se le habían oscurecido?–. Tengo masaje y depilación a las seis y media.

–Muy bien.

Mikey, un hombre de pelo rubio, se acercó con una batería bajo el brazo y una sonrisa en los labios.

–¿Dónde vamos, Adam? –preguntó Luke.

–A algún sitio cómodo y tranquilo donde puedas hablarme de tu relación con Melanie Sawyer.

–Bueno, chicas, vamos a ver lo que tenemos –Melanie vació el contenido de la caja de zapatos sobre la mesa.

–La subasta ha sido una idea estupenda, Mel –dijo Sophie, extendiendo las tarjetas.

–Desde luego –asintió Marie, entusiasmada–. Vamos a recaudar mucho dinero para el proyecto Rainbow Road y, además, lo pasaremos en grande.

–Eso espero –murmuró Sophie, siempre tan cautelosa.

–¿Dónde está tu sentido de la aventura? –exclamó Mel–. ¿Qué puede pasar? Si las cosas no salen bien terminarás en casa a las diez un sábado por la noche. Podrás pedir una pizza por teléfono, abrir una botella de vino y ver una película.

Como había hecho Luke, pensó. Y, de inmediato, recordó la boca masculina sobre su cuerpo, acariciándole el pelo, besándola por todas partes...

El pulso se le aceleró y debió ponerse colorada, porque cuando por fin volvió a la tierra sus dos amigas la miraban con curiosidad.

Tuvo que aclararse la garganta antes de decir:

–Lo mejor de estar sola es que puedes elegir la película. Tenemos varios premios de cierto valor: masajes, cenas y entradas para el cine. Y los mejores: un viaje en globo con champán francés y un paseo por el puente Harbour seguido de una cena en Doyles.

–Y tu donativo, Mel, un viaje en limusina al escondite de Ben y Carissa Jamieson en las montañas. Una cena romántica para dos en medio del bosque –Marie miró a Melanie–. Lo triste es que el



sábado por la noche tú serás la única que no estará pasándolo bien.

–¿Quién dice que no tengo una cita? ¿Podemos seguir? – Melanie sintió que se ponía colorada–. Algunos tenemos que trabajar –siguió–. Nadie conocerá a su pareja hasta el sábado por la noche.

–¿Seguro que no quieres incluirte en el premio, Mel? Un hombre rico con el que pasar la noche...

–Seguro que no –dijo Melanie.

## Capítulo Tres

La cabaña de Ben y Carissa solo estaba a dos horas de Sídney, pero la carretera no era una autopista. Mel frunció el ceño mientras atravesaba un denso bosque de eucaliptos, esperando que el motor recién arreglado de su coche no la dejase tirada en el camino de vuelta.

Con un poco de suerte, el camino de cabras que Ben había llamado generosamente «carretera» seguiría allí en tres horas, cuando el invitado y su pareja llegasen para pasar la noche.

Su rico y benéfico invitado. ¿Quién sería? Lo saludaría, comprobaría que todo estaba en orden para una velada íntima y se despediría.

Por fin, al final del camino apareció la casa, recientemente construida sobre una colina. Con las bolsas de comida en la mano llegó a la puerta cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Entró en la casa y miró las alfombras de color vino que cubrían el suelo de madera, los grandes cuadros que adornaban las paredes, la chimenea de piedra, el precioso piano frente a una de las ventanas para que Ben compusiera tranquilamente.

Inspeccionó el dormitorio principal, que tenía un suntuoso cuarto de baño con sauna y después de eso encendió la chimenea. Echó un par de troncos y esperó un momento mirando las llamas mientras la habitación se llenaba de aroma a eucalipto.

Después, sacó de la bolsa la cena que había preparado en su casa: cóctel de gambas, una ensalada, un asado con verduritas, pan casero y dos pasteles de fresa con nata.

Metió el asado en el horno para mantenerlo caliente, sacó una botella de vino, colocó unas velas en la mesa y miró su reloj por enésima vez. Tenía un par de horas sin nada que hacer hasta que llegasen los invitados.

Allí no había televisión, de modo que se dedicó a ver las ramas de los árboles sacudidas por el viento. Pero, ¿y si se daba un baño de espuma? Podía hacerlo, tendría tiempo.

Cinco minutos después, con un cd de rock de la colección de Ben a todo volumen, se sumergió hasta el cuello en un fragante baño de espuma.

Fuera, la lluvia golpeaba el tejado y el viento ululaba moviendo la ramas de los árboles. Cuando el agua empezó a enfriarse se envolvió en una toalla y llevó la ropa al salón para vestirse allí porque en el baño hacía frío.

Estaba oscureciendo, pero la luz de la chimenea era suficiente. Melanie abrió la toalla y suspiró cuando la chimenea empezó a calentar su piel mojada. Pura delicia.

Dejó caer la toalla al suelo y cerró los ojos mientras movía la cabeza de un lado a otro al ritmo de la música.

Sin darse cuenta, empezó a mover las manos sobre sus clavículas, sus caderas, su cintura, su firme abdomen. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre tocó su piel desnuda.

Melanie se deslizó las manos por los pechos, sintiendo que se hinchaban.

¿Por qué no aceptaba su propio consejo y tenía una aventura, como le había dicho a Carissa? Tenía un cajón lleno de lencería sexy en casa, algo bonito para ponerse bajo el aburrido uniforme que llevaba cada día. El único hombre que lo veía era Adam cuando hacía la colada.

De repente, sintió un escalofrío, como si alguien le hubiera pasado un dedo desde el cuello hasta el ombligo. Levantó las manos automáticamente para protegerse, mirando hacia fuera. No había nadie, solo la lluvia. Intentando calmarse, buscó el sujetador y las braguitas. Tenía que mirar el horno, abrir la botella de vino y esbozar una sonrisa para su invitado.

Se iba a congelar en aquel sitio y, considerando que la mujer desnuda al otro lado de la ventana era Melanie, probablemente sería lo mejor. Por suerte, una parte de su cuerpo había entrado en calor cuando la vio en el salón, envuelta en una toalla.

Apretando los puños en los bolsillos del pantalón hecho a medida, Luke miró el cielo, dejando que la lluvia le empapase la cara. Cualquier cosa para enfriar su sangre y bloquear la imagen que bailaba ante sus ojos.

No podía llamar a la puerta y hacerle entender que la había visto desnuda... Luke miró de reojo. Sí, seguía estándolo.

Daba igual que llevase allí cinco minutos o que hubiese llamado inútilmente a la puerta antes de verla aparecer en el salón. Con la música a todo volumen, Melanie no lo había oído y seguramente acabaría con neumonía.

Sus esperanzas de una cena casera y una noche agradable estudiando las cuentas de su padre... en fin, no iba a ser posible.

Luke respiró un poco mejor al ver que Melanie se había puesto la ropa interior, un conjunto diminuto de color morado. Pero esas braguitas lo inflamaban aún más...

Cuando volvió a mirar estaba totalmente vestida, el pelo de color ébano brillando a la luz de la chimenea. Suspirando, se sacudió el agua del pelo y tomó su maletín. Era hora de dar la sorpresa.

¿Habían llamado a la puerta? Era posible que con el viento y la música no hubiese oído. Fuera, todo parecía oscuro y solitario. Sí, alguien llamaba a la puerta de manera insistente. Abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad.

–Buenas noches.

Durante un segundo no pudo moverse. Desesperada, buscó una explicación razonable que no incluyese a Luke como el invitado anónimo, pero cuando él se sacó del bolsillo una tarjeta con el número veintisiete tuvo que tragar saliva.

–Parece que he ganado la estancia aquí esta noche.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? No veo la limusina.

Él señaló el camino.

–Le dije al chófer que se fuera. Llegué temprano, lo siento.

Eso significaba... Melanie tragó saliva.

En los ojos de Luke había un brillo ardiente... La había pillado.

–Tienes que quitarte la ropa, estás empapado. Imagino que habrás traído una muda.

–Me temo que no –Luke se pasó una mano por el pelo.

–Hay una secadora. Puedes meter tu ropa allí...

Cuando levantó la mirada Luke estaba quitándose el jersey azul y la camisa, revelando un torso que brillaba a la luz de la chimenea.

Melanie tuvo que apartar la mirada.

–Hay una toalla por aquí –en el suelo, detrás del sofá, donde ella la había dejado. Y, por supuesto, Luke lo sabía. Melanie sintió que le ardía la cara–. Hay un albornoz en el baño. Quítate esa ropa mojada y tráela para que se seque frente a la chimenea.

La tormenta acababa de estallar y un relámpago iluminó el salón.

–Genial –murmuró. Tenía que terminar su trabajo allí antes de poder escapar.

No puso el cd de música romántica ni encendió las velas como había pensado pero sirvió una copa de vino recordando cuando, desesperada, llamó a casa de sus padres de Luke en Coffs Harbour.

–¿Melanie? –había repetido el señor Delaney–. Ah, la camarera. El tono desdeñoso había sido como un puñal en su corazón.

–Por favor, tengo que ponerme en contacto con Luke, es muy importante.

–Con chicas como tú siempre lo es –replicó él, escéptico.

–Necesito hablar con Luke –repitió.

–Mi hijo no está interesado en volver a ponerse en contacto contigo. ¿Por qué no le ahorras problemas y te olvidas de él?

De modo que, sin otra alternativa, eso había hecho. Unos meses más tarde se había resignado a no volver a ver a Luke, un año después su solicitud para el curso de enfermería fue aceptada y desde entonces tenía un nuevo propósito en la vida.

Pero, como la tormenta, los oscuros recuerdos estaban en la habitación, robándole el calor al fuego de la chimenea. Un relámpago iluminó la escena cuando Luke entró en el salón envuelto en un albornoz.

Sus ojos se encontraron mientras el corazón le latía como la lluvia en el tejado. La había mirado así tantas veces en el pasado...

Pero recordó las palabras de su padre, tan claras como el día que las había pronunciado: «La camarera». Ya no lo era, pero siempre sería la hija de una empleada de su padre.

–La cena estará lista cuando quieras. Solo tienes que sacarla del horno...

–No pensarás conducir con esta lluvia, ¿verdad?

Un relámpago iluminó el salón, seguido inmediatamente por un trueno que sacudió la casa hasta los cimientos.

–No puedo quedarme aquí –dijo Mel. «Contigo desnudo bajo el albornoz, con cinco años de soledad y frustración destrozando mi fuerza de voluntad»–. Tengo que volver a casa.

–He visto el estado de la carretera cuando veníamos hacia aquí. No hay farolas, no hay luces. Nadie podría echarle una mano si te quedases tirada.

–Llevo el móvil.

–No digas tonterías, Mel. Podemos compartir una cena y una chimenea sin...

¿Sin arrancarnos la ropa? Eso era exactamente lo que había estado a punto de decir, pensó Mel, viendo el rubor en sus mejillas.

–Muy bien –dijo por fin.

En realidad, conducir bajo aquella tormenta sería un suicidio. Además, Luke y ella eran dos adultos inteligentes y civilizados que podían compartir una cena sin que pasara nada. Si no lo miraba a los ojos no pasaría nada.

\*\*\*

–¿Por qué no tomas una copa de vino mientras yo me encargo de la cena? Podemos comer frente a la chimenea.

De ese modo no tendría que mirar a Luke con el albornoz.

Suspirando, sacó de la nevera las dos copas con el cóctel de gambas y las llevó al salón.

Cuando volvió, él estaba sentado en la alfombra, frente a la chimenea, y aprovechó la oportunidad para sentarse en un sillón.

Había habido noches como aquella, frente a una chimenea en casa de los padres de Luke. También él estaba recordando, lo sabía...

Entonces, de repente, se fue la luz. La oscuridad aliviada solo por las llamas de la chimenea. Melanie contuvo el aliento mientras Luke se levantaba.

–Parece que no voy a poder trabajar como pensaba. De todas formas podemos cenar.

Melanie lo intentó, pero los nervios le habían cerrado el estómago y no pudo probar más que un bocado. Luke, en cambio, no parecía tener ese problema.

Melanie podía sentir la tensión en el aire.

–¿En qué estabas trabajando? –le preguntó por fin.

–Las cuentas de mi padre. Prometí echarles un vistazo.

–¿Vas a quedarte en Sídney?

–Sí –Luke dejó de comer para mirarla–. Es una ciudad muy grande, Mel.

–No tanto. Y eres amigo de Adam.

–No tenemos que vernos a menos que tú quieras hacerlo.

Luke dejó el cuenco sobre la mesa de café y se quedó mirándola, en silencio.

¿Esperaba una respuesta? El corazón de Melanie redobló sus latidos.

–Somos adultos –insistió él–. Podemos enterrar el pasado e intentar llevarnos bien.

–¿Alguna vez se entierra el pasado?

Luke se pasó una mano por el mentón.

–No, imagino que no. Por ejemplo...

Se levantó tan de repente que Melanie dio un respingo. Pero no se acercó a ella sino a su maletín, del que sacó un montón de papeles y una bolsa de... ¿nubes de azúcar?

–Pensaba tostarlas en la chimenea. Volver a verte el otro día me recordó que solíamos hacerlo.

–Hace mucho tiempo de eso.

–Demasiado tiempo –Luke la miró, pensativo–. Quería ver si siguen sabiendo igual. ¿Qué te parece? Necesitaremos unas ramitas para pinchar las nubes. Voy a buscarlas...

–¡No! Iré yo. Quítate ese albornoz mojado y...

–Muy bien.

Cuando salió ya no llovía con tanta fuerza, pero las ramas de los árboles estaban cargadas de agua. Todo olía a eucalipto y a tierra mojada.

¿De verdad estaba pensando en compartir una chimenea con Luke Delaney? Durante un momento de locura, Melanie tocó las llaves del coche, en el bolsillo del abrigo, a punto de salir corriendo. Lejos de la tentación, lejos de los recuerdos. Pero una parte de su cerebro la empujaba a averiguar qué había estado haciendo Luke en esos años, desde que se separaron.

La puerta se abrió en ese momento y Luke asomó la cabeza, su cuerpo recortado a la luz de la chimenea.

–Ya voy –Melanie tomó cortó una rama larga y fina, sacudió el

agua y corrió hacia la puerta-. Voy a servir el chocolate.

-Yo lo haré. Tú has hecho la cena, ahora me toca a mí.

-Muy bien, la cocina es tuya.

Cuando volvió unos minutos después con las tazas en la mano, toda la habitación olía a eucalipto. Luke pinchó las nubes y las colocó sobre el fuego.

-¿Que has hecho durante estos años? -le preguntó, desesperada por decir algo-. Me han dicho que te ha ido muy bien.

-Eso depende del punto de vista. Si te refieres al trabajo, sí, me ha ido muy bien.

-Adam me ha contado que estuviste en Dubái. Eso está muy lejos de casa.

Luke se encogió de hombros.

-¿Qué es tu casa cuando no hay nada que te ate?

-¿Y tus padres?

-Si hubiera hecho lo que quería mi padre ahora estaría casado y con hijos -Luke sonrió y, durante un segundo, le pareció ver el fantasma de los sueños perdidos, sombras silenciosas que parecían reflejarse en el fuego de la chimenea-. El mundo es mi lugar de trabajo ahora -siguió-. Soy bueno en lo mío y siempre hay trabajo para ingenieros geólogos, especialmente en el Tercer Mundo.

-Pensé que habías aceptado ese trabajo en Queensland...

«Aquel por el que me dejaste».

Él asintió con la cabeza.

-La mejor decisión que he tomado nunca, me abrió muchas puertas. Si no hubiera aceptado ese trabajo no estaría donde estoy.

-Me alegro.

Si su padre la hubiese puesto en contacto con él, si le hubiera contado la verdad, tal vez no se habría ido. Se alegraba de que hubiera tenido éxito, pero la pena por lo que había perdido le hacía un nudo en la garganta.

Luke movió la rama con las nubes rosadas sobre el fuego.

-Parece que los dos hemos conseguido lo que queríamos.

Melanie apretó los labios, pero un suspiro escapó de su garganta, porque Luke la miró enarcando una ceja.

-Tú también has conseguido lo que querías, ¿no?

Había intentado hacer lo que debía y eso era suficiente. Pero recordaba noches desesperadas, una soledad inmensa. Cerró los



ojos para controlar las lágrimas, recordando cuando hacían el amor, sus piernas enredadas, sus bocas selladas...

–Imagino que lo habrás pasado bien.

–No sigas por ahí.

–¿Las cosas no fueron como tú esperabas? –preguntó Luke, con tono sarcástico.

En el silencio que siguió escucharon el crepitar del fuego, el golpeteo de la lluvia en los cristales. Por fin, Luke se giró para mirarla, el fuego reflejado en sus ojos castaños. ¿Acusándola? ¿De qué?

Era él quien tenía magnetismo sexual, dinero y poder para hacer lo que quisiera.

–No me digas que no has estado con ninguna mujer en estos cinco años –murmuró–. Te escribí, por cierto.

En cuanto las palabras salieron de su boca el corazón se le aceleró mientras esperaba su reacción, cualquier reacción que le dijese que había recibido la carta.

Luke frunció el ceño.

–¿Cuándo?

–Unas semanas después, la envié a casa de tus padres.

–No la recibí. ¿Por qué me escribiste?

–Porque tu móvil no daba señal y me devolvían los correos. Era mi última esperanza.

–¿Última esperanza? –repitió él–. Si hubiera sido tan importante habrías intentado ponerte en contacto con mis padres por teléfono.

Cuánto le gustaría poder decírselo, ¿pero de qué valdría? Evidentemente, había vuelto para estar con ellos y no quería sabotear su relación. Además, a quién iba a creer, ¿a su padre o a ella?

–Quería comprobar que todo había terminado entre nosotros.

–Pensé que tú lo habías dejado bien claro esa última noche. Me marché de Queensland un mes más tarde y cambié el número de teléfono y el correo.

–Sí, bueno, todo eso es agua pasada.

Melanie lo observó tomar un sorbo de vino. ¿Si le besara seguiría sabiendo igual? ¿Seguiría mareándola, haciendo que perdiese el control?

Tomó su taza para tener algo que hacer con las manos e intentó probar el chocolate, pero tenía un nudo en la garganta; un nudo de resentimiento duro y amargo que le hacía imposible tragar.

Luke tomó el resto del vino y se sirvió otra copa.

–Me voy a la cama –dijo levantándose.

El momento ardía de posibilidades y no ayudaba nada que el albornoz estuviese un poco abierto.

Mel tragó saliva. Si quisiera, podría acercarse en un segundo. Podrían avivar el calor, la tensión y encender otro tipo de fuego.

Mientras ella contenía el aliento, Luke la miraba como sopesando la decisión.

–Gracias por la cena –dijo por fin, volviéndose para mirar el fuego.

–Buenas noches –con una vela en la mano, Melanie se dirigió al dormitorio y cerró la puerta, sacudiendo la cabeza. Sin cepillo de dientes ni pijama, se desnudó y se metió entre las sábanas en ropa interior.

El frío de las sábanas sobre su piel desnuda la hizo temblar. Sentía como si Luke estuviese mirándola. Sabía que estaba pensando en ella, sola en la habitación, que estaría preguntándose si dormiría desnuda... sus pezones se levantaron bajo el sujetador de satén y no podía parar de mover las piernas. Cerrando los ojos, intentó conciliar el sueño, pero era imposible.

## Capítulo Cuatro

Aún era de noche cuando Melanie volvió a abrir los ojos, pero tenía la boca seca y necesitaba ir al baño. Encontró su jersey y, con la luz gris que entraba por la ventana, se lo puso y salió de la habitación. El fuego de la chimenea estaba casi consumido, pero había luz suficiente para ver a Luke dormido en el sofá.

Después de ir al baño entró en la cocina y tomó un vaso de agua. Volvió a llenarlo de nuevo para ir a su habitación, pero se detuvo en el salón para comprobar que Luke seguía dormido.

Sí, Luke seguía en el sofá, dormido. La curva de su mentón parecía más suave, más relajada, y le gustaría tocarla. Tenía los labios ligeramente abiertos, como esperando un beso.

Melanie se mordió los suyos para que no temblasen. Miró alrededor buscando una manta con la que taparlo. La conciencia no le dejaba irse a dormir dejándolo así.

Luke sabía que Mel estaba allí, pero no encontraba fuerzas para moverse. Estaba atrapado en un cuerpo que no quería cooperar, que se negaba a darle el placer de mirarla.

Le dolía la cabeza y le quemaba la garganta. Nunca volvería a beber en exceso, pensó, abriendo un ojo porque no podía abrir los dos.

Y allí estaba, la enfermera de ensueño con un vaso de agua en una mano y una manta en la otra. Con un jersey morado, unas braguitas y esas piernas kilométricas. Y él sabía que sería tan cálida como esa manta.

Dejando escapar un gemido que no pudo controlar, empezó a levantar la cabeza, pero alguien parecía estar clavándolo al sofá.

–Hola, Mel –debía tener un aspecto patético.

–Estás despierto.

Luke tuvo que hacer un esfuerzo para hacer que la lengua le funcionase.

–No tendrás una aspirina con ese vaso de agua, ¿verdad?

Ella miró su mano, como sorprendida al ver el vaso.

–Voy a mirar en el botiquín.

–Gracias –Luke cerró el ojo, suspirando de alivio al notar el peso de la manta sobre su cuerpo.

Unos minutos después, unas manos frescas levantaban su cabeza para poner una pastilla en su boca.

–Traga.

Haciendo un esfuerzo supremo, Luke se incorporó para tomar la pastilla. Apenas podía moverse.

Sus ojos, cuando pudo concentrarse, no parecían decir: «te lo mereces». No, al contrario, estaban llenos de simpatía y comprensión.

No era Melanie su examante sino Melanie la enfermera.

–Más –la urgíó, mirando esos ojos grises que nunca había olvidado.

–Estás deshidratado. Pensé que ya no harías estas cosas.

–Esa carta que enviaste... yo no lo sabía, nunca la recibí.

–Déjalo, ya no importa –lo interrumpió ella–. ¿Recuerdas la fiesta de Janice?

–¿Cómo iba a olvidarla? Te fuiste y me dejaste tirado allí.

–No debería haberlo hecho. Lo siento.

Antes de que su torpe cerebro pudiese funcionar Melanie estaba sentada a su lado en el sofá, su calor rodeándolo como la manta, y Luke dejó escapar un suspiro de sorpresa y placer.

–Eso es, relájate –susurró Mel.

Mel le empezó a hacer perezosos círculos en las sienes con los dedos, haciendo que volviese a cerrar los ojos.

–Ese perfume...

–No llevo perfume, será el gel de anoche. Tranquilo –dijo Mel, burlona–. Este masaje es estrictamente profesional.

–Puedes ser todo lo profesional que quieras conmigo.

Ella rio; una risa que no era más que un susurro, pero tan poderosa como para dejarlo sin oxígeno, para hacerle olvidar el dolor de cabeza y notar otro, más insistente, entre las piernas.

Nada los separaba más que el satén de la bata.

La mejor y la peor clase de tortura. Ardía de deseo, inquieto, sin saber qué hacer y sabiendo que no podía pasar, que no iba a pasar nada.

–Melanie...

–Duerme –murmuró ella, tocando sus labios.

–Tengo que decirte... –Luke intentó incorporarse, pero ella se lo impidió–. Debería haberte dejado una dirección. Debería habérsela dejado a Carissa.

–Pero no lo hiciste.

Sorprendido por la emoción que notaba en su voz, Luke abrió los ojos, pero Melanie apartó la mirada.

–Lo nuestro estuvo bien mientras duró.

–Yo...

–Solo fue una aventura. Déjalo, Luke, duérmete.

Él cerró los ojos de nuevo. No estaba en condiciones de discutir. Solo una aventura, había dicho.

Cuando se despertó por la mañana se dio cuenta de dos cosas simultáneamente: ya no le dolía la cabeza y Melanie seguía a su lado. Podía sentir el calor de sus piernas y sus brazos, uno de ellos sobre su torso.

Luke dejó escapar un largo suspiro mientras se mantenía muy quieto. Tenían dos camas para elegir y allí estaban, en un sofá en el que apenas cabía una persona.

¿Cuántas veces había fantaseado con despertar pegado a Melanie?

Luke comprobó si estaba dormida. Sí, sus largas pestañas negras reposaban sobre una piel de marfil mientras respiraba suavemente.

De repente, se apretó contra él sin darse cuenta. También Luke se movió cuando levantó una rodilla, acercándose a terreno peligroso.

Aún había brasas en la chimenea, la habitación seguía caliente. Melanie debía haber echado algún tronco más antes de quedarse dormida. Otro pensamiento turbador: ¿durante cuánto tiempo había estado mirándolo mientras él no se daba cuenta?

¿Y si besase esos suaves labios entreabiertos?

Melanie empezó a pestañear y, un segundo después, sus ojos grises se encontraron con los suyos, al principio confusos.

Sin poder evitarlo, Luke alargó una mano para tocarle el pelo.

–Buenos días.

–Hola.

Su voz ronca envió un torrente de calor hacia su entrepierna. Y no ayudó nada que se estirase lánguidamente, deslizándose esas sinuosas piernas por las suyas. Pero se detuvo abruptamente al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Vaya... parece que me he quedado dormida.

Sin pensar, Luke le pasó un brazo por los hombros.

—Parece que sí. Gracias por ser mi ángel de la guarda anoche.

Antes de que ella pudiera responder, Luke buscó sus labios y, de inmediato, saltaron chispas de deseo; las que recordaba de siempre, pero también algo más profundo.

Oh, sí, seguía ahí, esa atracción magnética que lo había embrujado desde que puso los ojos en ella.

Le acarició el pelo, sintiendo el calor de su aliento, oyéndola suspirar. Todo en él protestó cuando se apartó para mirarlo a los ojos. El brillo de pasión había desaparecido.

—No pasa nada, Mel, solo ha sido un beso.

—Nunca es solo un beso contigo. Tú haces que me olvide de todo —ella no era la única que sentía eso, pero se levantó del sofá, como temiendo estar tan cerca—. Haces que me olvide de todo —repitió, llevándose un dedo a los labios.

—¿Y eso es malo? —preguntó Luke, sin entender por qué unas palabras que deberían halagarlo sonaban como un rechazo.

—Ahora soy diferente. Los dos lo somos.

—Nunca se sabe, podría funcionar. Estaba funcionando estupendamente hace unos segundos.

Melanie lo miró a los ojos, una mirada sincera y abierta que no escondía su deseo. Pero luego, como si hubiera pulsado un interruptor, su expresión cambió por completo y se volvió sombría.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Trabajo muchas horas. No tengo tiempo para nada más.

Una mentira. Había sentido la misma pasión que él, pero no quería retomar la relación. Necesitaba saber la verdad. Necesitaba saber por qué lo rechazaba.

—Voy a hacer el desayuno y luego a vestirme. La limusina vendrá a buscarte a las diez.

—Cáncélala. Volveré contigo.

Ella negó con la cabeza.

–Tengo que limpiar la casa. Pensaba volver cuando te hubieras ido, pero de este modo me ahorraré el viaje. No tienes que quedarte.

–No hay mucho que limpiar. Además, podríamos dar un paseo por la propiedad antes de irnos.

–¿Con esos zapatos?

Luke miró los caros zapatos de piel frente a la chimenea.

–No importa. Venga, vamos a dar un paseo.

Al final, canceló la limusina porque Luke amenazó con seguirla hasta Sídney para comprobar que no se había quedado tirada en la carretera. Gracias a las peligrosas condiciones de la carretera y el infausto ruido del motor apenas intercambiaron dos palabras. Además, Luke parecía estar sufriendo una resaca y eso le recordaba lo guapo que estaba a la luz de la chimenea, las llamas reflejándose en sus ojos oscuros.

Cuando detuvo el coche frente a la elegante casa de dos plantas con su entrada circular y su bien cuidado jardín tenía un nudo en el estómago.

–Gracias por todo.

Era difícil mirarlo a los ojos y no reaccionar

–Gracias a ti. Los niños agradecerán tu generoso donativo.

–Nos vemos –dijo Luke, con voz ronca, inclinando la cabeza para salir del coche.

Aquel sitio era un monumento a la riqueza de sus propietarios, su poder, su estatus social... un buen recordatorio de por qué no debería ver a Luke con el torso desnudo, bronceado y hermoso a la luz de una chimenea.

Luke entró en la casa, con su familiar olor a cera para muebles, y se dirigió al estudio de su padre.

No iba a quedarse allí, con los recuerdos de Melanie en todas las habitaciones. Un apartamento propio sería lo más sensato. Además de una inversión, de ese modo tendría privacidad.

## Capítulo Cinco

–Tengo algo que decirte –Melanie estaba doblando la ropa de bebé que Carissa había sacado de los cajones. Embarazada de ocho meses, su hermana estaba concentrada en coser una colcha y era la viva imagen de la felicidad: una mujer enamorada a punto de tener un hijo. Todo lo que Melanie no era y no tenía. Ni quería. Eso era lo que se había dicho a sí misma una y otra vez durante los últimos años. Pero esas palabras sonaban huecas de repente.

–¿Qué te parece, el limón o el lila? –le preguntó Carissa.

–Lila –respondió Mel automáticamente.

–Por una vez, estoy de acuerdo contigo.

–Carrie, tenemos que hablar.

Su hermana dejó a un lado la colcha.

–¿Que ocurre, Mel?

–Luke ha vuelto.

La llegada de Luke significaba que su vida, que había levantado pieza a pieza durante los últimos años, de repente empezaba a resquebrajarse.

Los ojos azules de Carissa se oscurecieron.

–¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

–Sí, lo he visto –respondió Mel con voz ronca–. He visto mucho de él.

Carissa frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso?

Mel le explicó la conexión con Adam, que se había quedado a dormir en su casa...

–¿En tu cama? –repitió Carissa–. Mel, cuánto lo siento. Lo siento, ¿no?

–No lo sé –Melanie se dejó caer en el suelo, a los pies de su hermana.

–Sigue siendo el hombre más guapo que he visto nunca. Y me mira... como antes.

–Supongo que eso es bueno, ¿no?



–La misma respuesta, no lo sé. Y la persona que pujó por una cena en tu casa de campo también fue Luke, por cierto. Pero fue solo.

–¿Solo?

–No quiso que volviera a casa con la tormenta, así que pasamos la noche juntos. En fin, al menos tuvimos tiempo de hablar.

Carissa le tomó la mano.

–¿Se lo has contado? –le preguntó, en voz baja.

Los ojos de Mel se llenaron de lágrimas que apartó de un manotazo. No podía contárselo cuando acababan de reencontrarse. No quería llorar delante de Carissa. Una mujer embarazada no debería ponerse triste.

–Lo siento, no debería...

–No pasa nada, dime qué estás pensando.

–Que podría haberme llevado con él a Queensland si yo no hubiese abierto la boca. Nunca sabré si me hubiera elegido a mí por encima de las mujeres que sus padres aprobaban, si me ha dicho la verdad... en fin, pensé que solo podía ser una aventura, algo divertido.

–Y la carta, ¿le has preguntado?

–No la recibí.

Carissa le apretó la mano.

–Al menos ahora lo sabes y puedes empezar de cero.

¿Empezar de cero? Luke no sabía lo de la carta, pero ella tenía otras preguntas. ¿La habían abierto o se había perdido en el correo? No podía saberlo.

–Aparte de ser guapísimo, ¿sigue siendo el hombre de siempre? Melanie recordó el sofá, el beso, las chispas...

–No ha perdido facultades.

–¿Te ha besado?

–¿Cómo sabes que no estoy hablando de otras facultades?

Carissa hizo una mueca.

–Esto pide un café con pasteles. Bueno, café para ti, zumo para mí.

–Muy bien.

Unos minutos después, Carissa cortaba un pastel que Ben había llevado antes.

–Bueno, cuéntame –le dijo, chupándose el chocolate de los

dedos.

–He seguido adelante con mi vida. Tengo un trabajo que me gusta y poco tiempo para una relación intensa –empezó a decir Melanie. Y cualquier cosa con Luke sería intensa, abrumadora, devastadora–. Puede que vuelva a irse del país, así que ¿para qué?

–Podría quedarse. Esté aquí un par de días o un año, la cuestión es que hay algo entre vosotros, Mel. Hay una historia sin terminar y tienes que escribir el final. Piensa bien lo que haces antes de tomar una decisión.

–No voy a apresurarme. Además, aún tengo que acostumbrarme a la idea de que voy a encontrarme con él a menudo.

–No creo que eso te asuste. Te recuerdo que tratas a los hombres como si fueran una caja de bombones.

–Nada ha cambiado. Me sigue gustando el chocolate, pero tengo la intención de evitar el chocolate negro, el más tentador.

No le dijo que sus relaciones terminaban en la puerta del dormitorio, pero por primera vez pensó que tal vez estaba intentando esconderse de esa realidad.

Carissa volvió a ponerse seria.

–Siempre existe la posibilidad de que él se entere de lo que pasó antes de que tú estés preparada para contárselo, Melanie.

Melanie había ido despacio durante una semana, preguntándose qué demonios estaba haciendo y qué estaría planeando Luke.

Por suerte, no había visto mucho a Adam. No sería fácil explicar la relación que había tenido con su amigo sin traicionar sus sentimientos; estaba emocionada, en el limbo, viva, confusa.

Antes de abrir la puerta ya podía oír voces masculinas en el interior. La partida de póquer mensual, recordó, suspirando. Y el mes anterior había prometido hacerles helado con salsa de chocolate a cambio de que Adam hiciese las tareas de la casa esa semana.

Y ella pensando meterse en la cama con un buen libro... Melanie intentó esbozar una sonrisa mientras empujaba la puerta.

–Hola.

Cuatro rostros se volvieron a la vez.

–Hola, Mel.

Un par de ojos oscuros se clavaron en ella y, aunque estaba sonriendo, el pulso se le había acelerado.

«Acostúmbrate, vas a verlo a menudo».

Pero en más de una ocasión había hecho salsa de chocolate con Luke y... bueno, mejor no pensar en ello.

–Hola, Luke. ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Qué tal el día?

–Muy ocupada –respondió Melanie–. Adam, sobre la salsa de chocolate...

–Si estás pensando echarte atrás, olvídalos. Un trato es un trato

–Adam le hizo un guiño a sus compañeros–. ¿No admiraste lo limpio que dejé el baño? Hasta dijiste que se podría comer en la bañera.

–Muy bien, de acuerdo –dejando la cazadora sobre el respaldo del sofá, Mel se dirigió a la cocina.

Cinco minutos después había reunido todos los ingredientes, pero su cabeza no estaba en la tarea.

–Hacer una pasta con el chocolate y el agua caliente –murmuró–. Añadir mantequilla...

Supo que Luke estaba en la puerta de la cocina antes de que dijese una palabra por la sensación de cosquilleo en la espina dorsal.

–Entra –murmuró, sin mirarlo.

–Adam me ha enviado a buscar cervezas –dijo él, abriendo la nevera.

–¿Puedes sacar el helado del congelador? Esto está casi listo.

El rico aroma a chocolate llenaba la cocina.

Luke sacó un cartón de helado del congelador y lo dejó sobre la mesa.

Melanie levantó la cuchara.

–¿Quieres probarlo?

Luke miró sus labios y Melanie sintió el impacto entre las piernas. Demasiado tarde para echarse atrás. Él sopló la cuchara antes de meter el dedo en el chocolate.

–La cocinera primero –murmuró, poniéndole un poco de chocolate en su labio.

Caliente, dulce y delicioso. La textura del chocolate, la presión de su dedo, sus ojos del mismo color oscuro como una promesa...

Pero antes de que pudiera derretirse, Luke se apartó para probarlo.

–Muy rico.

¿Se refería al chocolate o a ella? Tenía la impresión de que si intentaba hablar no sería capaz de hacerlo.

Le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en la encimera cuando él se inclinó hacia delante. Iba a besarla, pensó, su cuerpo echándose hacia delante como por voluntad propia.

Adam asomó entonces la cabeza en la cocina.

–Cuando quieras, amigo. Si es posible, antes de medianoche – dijo, burlón.

Luke no apartó los ojos de Melanie mientras tomaba las botellas de cerveza.

–Será mejor que lleve esto a los chicos.

–Por cierto, el viernes por la noche vamos a reunirnos todos en honor a Luke. ¿Te apetece? –le preguntó Adam.

–Pues...

–Marie y Sophie estarán allí.

Marie era una amiga, pero también un imán para los hombres.

¿Qué era peor, ver a Marie ligando con Luke o quedarse en casa y torturarse pensándolo?

–Intentaré ir.

–¿Estás saliendo con alguien? –le preguntó Luke cuando Adam desapareció.

Esa pregunta la dejó sin aliento.

–¿Por qué quieres saberlo?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Tal vez deberíamos comprobar si lo que hubo entre nosotros sigue vivo. Nada serio, nos despediríamos después... al menos borraría la sensación de tristeza de la despedida. Pero quiero dejar claro algo: yo no comparto.

Sin esperar respuesta salió de la cocina, dejándola boquiabierta.

–Yo tampoco –murmuró Mel.

En cierto modo, la sugerencia tenía sentido. Sería como reescribir el final, pensó, sacudiendo la cabeza, incapaz de creer que estuviera pensándolo, tomando en consideración la inesperada y peligrosa sugerencia de volver a salir juntos.

Al día siguiente, en el restaurante de la torre Sídney, con la ciudad y el puerto brillando como joyas, Luke y Adam halaban de los viejos tiempos.

–¿Qué tal la vida amorosa del patólogo? –le preguntó Luke.

–Bien –Adam esbozó una sonrisa.

–¿Vivir con Mel no es un problema?

En realidad, lo que quería preguntar era si Mel y él se habían acostado juntos. Pensar en su mejor amigo con su ex amante despertaba unos celos que no debería sentir.

–No es ningún problema –dijo Adam–. Somos amigos.

Luke asintió con la cabeza, pero su alivio era solo parcial.

–¿Sale con alguien?

–Nunca sale con el mismo hombre más que un par de veces.

Luke tragó saliva. ¿Significaba eso que salía con muchos hombres?

–Esa parte de su vida no es asunto mío –Adam hizo una pausa–. También yo he salido con ella en un par de ocasiones, pero nunca me dejó pasar de un beso.

Eso significaba que lo había intentado. Luke tuvo que hacer un esfuerzo para bloquear tan turbadora imagen.

–Nos llevamos bien, nada más –siguió Adam–. Yo necesitaba una compañera de casa, ella también. No sabía que Melanie y tú...

–¿Te ha hablado de mí alguna vez?

–No, nunca.

–No será aficionada a deporte de riesgo, ¿verdad?

Su amigo enarcó las cejas.

–¿Qué?

–Siempre le han gustado la velocidad y las emociones.

Adam sonrió, pero la sonrisa desapareció al ver que Luke estaba serio.

–Pasa mucho tiempo con su hermana y es voluntaria en el hospital después de las horas de trabajo. Le gustan mucho los niños, especialmente los más pequeños. Es casi una obsesión.

–No sé por qué.

–Yo tampoco.

Melanie nunca había hablado de niños cuando salían juntos, pero podía verla con un niño, su hijo, de pelo negro y ojos grises...

Y lo más turbador, podía imaginar dejándola embarazada de

ese hijo.

Luke dejó el vaso en la mesa. No quería pensar en algo imposible. Ni siquiera sabía si había aceptado la sugerencia de salir juntos.

–Bueno, hablemos de otra cosa. He encontrado un apartamento, pero necesito que alguien me ayude a comprar los muebles.

Hasta entonces nunca había tenido que comprar ninguno porque siempre había vivido en apartamentos amueblados.

Adam se encogió de hombros.

–Entonces, será mejor que nos pongamos a ello. Empezaremos por lo más básico.

Una cama fue lo primero que se le ocurrió, y en su cabeza apareció la imagen de Melanie desnuda...

Luke frunció el ceño mientras se levantaba.

–Venga, vamos.

## Capítulo Seis

En la taberna Park, Melanie tomaba su segunda copa de vino. Sophie y Marie se habían reunido con Carissa y con ella unos minutos antes.

–El baño –Carissa se levantó, haciendo un esfuerzo–. ¿Sabes cuántas veces he tenido que vaciar la vejiga hoy?

Melanie sonrió.

–Ni idea.

–Pues yo tampoco. He dejado de contar.

Melanie sonrió mientras su hermana iba al baño, pero la sonrisa desapareció cuando miró la diminuta pista de baile llena de parejas.

–Adam está aquí con sus amigos –dijo Sophie, señalando a un grupo que acababa de entrar en el bar.

Y, por sus risas, parecían haber bebido antes de llegar.

El pulso a Melanie se le aceleró. No se volvió, no podía hacerlo. No quería que sus amigas vieran cuánto la afectaba Luke.

–Vaya, vaya, vaya, ese debe ser su amigo –dijo Marie, que siempre estaba ojo avizor–. Mira qué cuerpazo. Espero que la cara vaya a juego.

Melanie giró la cabeza y parpadeó un par de veces al ver ese cuello fuerte y bronceado, el pelo corto, los hombros anchos. Llevaba un jersey azul y unos vaqueros que se ajustaban a su trasero...

–Es mío –Marie se quitó la chaqueta para revelar un top negro transparente bajo el que se podía ver su sujetador–. Necesito otra copa y creo que sé cómo conseguirla.

–Seguro que sí –murmuró Sophie.

Melanie tragó saliva al ver que iba directamente hacia Luke. Que fuese tan descarada con los hombres siempre le había divertido, pero en aquel momento no le hacía la menor gracia.

El grupo de hombres se abrió y pareció tragársela como una bestia hambrienta a una presa.

Melanie vio sonreír a Luke. Sin duda por algo que Marie había dicho, porque inclinaba la cabeza como para escuchar a alguien más bajito que él. Claro que la mayoría de los clientes del bar lo eran. Luke Delaney llamaba la atención por su estatura.

Apenas un minuto después, Marie estaba en la pista de baile. Con el corazón acelerado, Melanie se tomó el resto del vino y el daiquiri que Marie había dejado en la mesa. Por supuesto que Luke bailarían con ella. ¿Por qué no iba a gustarle una belleza clásica como Marie?

De repente, Luke volvió la cabeza y la fuerza de su mirada la dejó inmóvil. Cuando se dirigió hacia ella tuvo que contener el aliento. Era como ver acercarse un tsunami.

Luke no se detuvo hasta que llegó a su lado.

–Has venido.

Había algo en su tono, como si estuviera recordando la otra noche, cuando sugirió que explorasen lo que habían dejado cinco años antes.

¿Esperaba una respuesta, allí, delante de todo el mundo?

–¿Pensabas que no vendría? –Mel señaló a Carissa–. ¿Te acuerdas de mi hermana?

–Sí, claro. Hola, Carissa, encantado de volver a verte.

–Hola, Luke. Mel me ha contado que estabas de vuelta.

–Así es.

–Te presento a Sophie –siguió Melanie–. Sophie Watson, Luke Delaney.

–Hola, Sophie.

–Luke Delaney... tú eres el que ganó la puja. El que Melanie...

–Así que os conocéis –los interrumpió Marie, mirando a Mel con cara de pocos amigos–. ¿Por qué no te sientas con nosotras? Seguro que podemos encontrar otra silla –añadió, poniendo una mano de uñas rojas sobre la de Luke.

–No, ahora no –dijo él, tomando a Melanie del brazo–. Perdonad un momento, vamos a bailar.

Melanie sentía mariposas en el estómago y la presión de la mano de Luke en su brazo no ayudaba nada.

Y menos aún que la orquesta empezase a tocar un blues lento cuando él la tomó por la cintura.

El top de color calabaza atado al cuello dejaba al descubierto



mucha piel y Luke deslizó las manos por su espalda.

–Tu amiga es una amenaza para la humanidad –bromeó.

–¿Por eso tenías tanta prisa en bailar conmigo? ¿Eres un cobarde, Luke Delaney?

–Necesitaba una excusa para tocarte. ¿Eres tú una cobarde, Mel?

Melanie tuvo que disimular un escalofrío.

–Estoy bailando contigo, ¿no?

Luke sonrió, apretándola contra su torso.

–¿Qué tal la semana?

–Muy ocupada. ¿Y tú?

–Igual. He comprado un apartamento en Double Bay.

–¿Double Bay? Es uno de los barrios más caros de Sídney.

–Es estupendo, cerca de la ciudad, con vistas fabulosas, piscina, spa. Y un dormitorio enorme con vistas al puerto.

–No sabía que pensaras quedarte.

–¿Por qué no?

–Adam me dijo... bueno, da igual. ¿Entonces tienes trabajo aquí?

–No, aún no –respondió él. Las luces del bar jugaban con su rostro, convirtiéndolo en un caleidoscopio de colores, pero sus ojos parecían retarla a bailar otro tipo de ritmo, a arriesgarse-. Abrazame bien, apenas estás tocándome.

Melanie deslizó los brazos por su espalda, viendo cómo sus ojos se oscurecían. Le encantaba saber que podía excitarlo con un simple roce.

–¿Así te parece bien?

–Perfecto –murmuró él.

Dejando de fingir que podía resistirse, Mel apoyó la cara en ese hueco tan familiar entre sus clavículas, donde los olores del bar se mezclaba con su olor cálido y masculino.

Era como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que bailaron y tan familiar como si hubiese sido el día anterior. Melanie giró la cabeza para apoyarla en su hombro y se olvidó de la música y de todo mientras Luke le acariciaba la espalda.

Sentía calor por todas partes, desde la cabeza a las plantas de los pies; un calor que no había sentido en mucho tiempo. Tardó un momento en darse cuenta de que la música había parado y seguían

abrazados en la pista de baile, apretados el uno contra el otro mientras las demás parejas volvían a las mesas.

Melanie se apartó, nerviosa.

–No te dolerá la cabeza, ¿verdad? –le preguntó Luke.

Ella frunció el ceño.

–No. ¿Por qué?

–Porque sería una buena excusa para irnos de aquí.

–¿No eres el invitado de Adam esta noche?

–Hablaré con él. Hemos estado bebiendo desde las cinco, no pasa nada –dijo Luke, con un brillo burlón en los ojos.

–Yo he venido con Carrie y no puedo dejarla aquí sola.

–No está sola. Además, podemos llevarla a casa si quieres.

«Podemos». Mientras Luke hablaba con Adam, Melanie volvió a su mesa, donde Carissa tomaba agua mineral, Marie algo de color en un vaso largo y Sophie charlaba con un chico en la mesa de al lado.

–Carrie, Luke y yo...

Antes de que pudiese terminar la frase, Carissa miró por encima de su hombro.

–Vete cuando quieras, no te preocupes por mí.

Melanie se volvió y vio a Luke tomando su chaqueta de cuero, sus ojos concentrados en ella.

No era sensato, pero lo deseaba con todo su corazón. Quería aprovechar la oportunidad de la que él había hablado y ver dónde los llevaba.

Carissa asintió con la cabeza.

–Yo lo paso bien recordando cómo era cuando podía bailar. Ben vendrá a buscarme más tarde, no te preocupes.

–Muy bien. Hasta luego.

Y así, sin más preámbulos, tomo su bolso y se dirigió hacia Luke Delaney.

Por primera vez en años se sentía libre, realmente alegre, y rio mientras salían a la calle.

«Vive la aventura». Eral algo en lo que había creído toda su vida... hasta que su vida cambió, pero volvía a sentirlo en ese momento. Volvía a la vida desde la cueva en la que había estado hibernando. Mel levantó la cabeza para mirar las estrellas y se mareó un poco.

–Cuidado –Luke la tomó del brazo–. Has olvidado esto –añadió, poniéndole la chaqueta por los hombros.

–Gracias.

Luke le dio la vuelta para mirarla a los ojos y, de nuevo, Mel notó que los años habían dejado su marca alrededor de los ojos y la boca. Era aún más atractivo que antes.

Solo tendría que ponerse de puntillas y tocar su cuello para sentir su pulso bajo los dedos. Esperó un momento, disfrutando de la anticipación, de la quemazón, antes de inclinarse para rozar sus labios, cálidos, firmes. Bienvenida a casa, parecían decir.

Luke le levantó la cara con un dedo sin dejar de besarla.

–Puedes tocarme –susurró él.

Mel sintió un conocido calor en el vientre mientras deslizaba los dedos por el pulso que latía en su cuello. Tal vez el suelo había temblado bajo sus pies o tal vez era un escalofrío provocado por las manos de Luke mientras le acariciaba los hombros, los costados, los pechos...

No llevaba sujetador. Melanie se inclinó hacia delante para ponérselo más fácil y Luke masajeó sus pechos haciendo eróticos círculos hasta que pellizcó sus pezones.

Un grupo de hombres salió del bar en ese momento.

–No se te ocurra echarte atrás –dijo Melanie, sujetando sus manos. Quería esas manos sobre su piel, quería sentir su boca en sus pechos, acariciar su pelo mientras él le chupaba los pezones–. He estado pensando en esa sugerencia tuya.

–Yo también. Y veo que has tomado una decisión.

Melanie sonrió.

–Vamos.

Tomando su mano, se dirigió al parque frente al bar, riendo ante la idea que se le acababa de ocurrir. Enseguida encontró un claro bajo los árboles, como delgados fantasmas blancos en la oscuridad, la luna plateada iluminando aquel sitio tranquilo.

Luke miró la hierba con expresión dubitativa.

–¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

–¿Por qué no?

Luke esbozó una sonrisa.

–¿No hace un poco de frío?

–Entraremos en calor enseguida –murmuró ella. Tenía que

tocarlo, sentir su piel bajo los dedos. Metió las manos entre sus pierna y tocó el duro miembro, ardiente como lava-. No creo que vayamos a pasar frío –añadió, pasando los dedos arriba y abajo sobre la tela.

Luke respiró profundamente mientras se quitaba la chaqueta para tirarla sobre la hierba y, sin perder un segundo, Melanie le echó los brazos al cuello. Riendo, acabaron en el suelo, besándose, sus piernas enredadas. La expresión de Luke era de total concentración mientras intentaba desabrocharle el top y cuando por fin lo hizo en sus ojos vio un brillo de deseo.

–Sigues siendo la mujer más hermosa que he conocido nunca –murmuró.

Cuando le levantó el top para besarle los pezones, oscuros a la luz de la luna, disfrutó del contraste entre el aire fresco y su ardiente boca. Pero necesitaba estar más cerca y tiró de su jersey para tocar la piel masculina, notando los latidos de su corazón.

Luke le metió la mano bajo la falda para acariciarle los muslos.

–¿Sigues tomando la píldora?

–No –respondió ella.

–No pasa nada –Luke sacó algo del bolsillo del pantalón.

Melanie contuvo el aliento. Iba a tomarla en aquel sitio mágico. De repente, le puso una mano en el torso, apartándose. La realidad, las implicaciones de ese encuentro, habían destrozado el interludio romántico.

¿No había aprendido de la experiencia? ¿No sabía que los actos tenían consecuencias?

La última vez que estuvieron juntos habían hecho algo más que hacer el amor.

Habían tenido un hijo.

\*\*\*

–¿Mel? –Luke se quedó inmóvil, su tono contenido, ronco, su respiración agitada-. Pensé que querías esto. ¿Me he equivocado?

–No, pero no puedo... lo siento.

–No pasa nada.

Luke tiró del top hacia abajo con manos temblorosas y la ayudó a levantarse.

El fuego de sus ojos se había convertido en hielo y se apartó

para envolverse en la chaqueta, cuando lo que quería era abrazarlo.

Y lo peor era que Luke no sabía por qué.

Sin pensar, salió corriendo, tropezando en la hierba. Solo sabía que tenía que poner distancia entre ellos.

Aquello le daba miedo y era mucho más complicado de lo que había imaginado.

Luke la dejó ir porque necesitaba unos momentos a solas para calmarse. Si lo hubiera planeado mejor no estaría allí, con la entrepierna ardiendo y la única mujer que podía apagar ese fuego alejándose a la carrera.

Maldita fuera.

Tenía que ir despacio. Si iban a tener algún tipo de relación tendría que ir con cuidado porque Mel era frágil.

–Oye –murmuró cuando llegó a su lado.

–Lo siento –se disculpó ella–. Ha sido una estupidez. Había olvidado que estamos en invierno. La última vez que estuvimos juntos... era verano.

Pero eso no le decía lo que estaba pensando.

–Debería ser yo quien se disculpara –dijo Luke por fin, pasándole una mano por el pelo–. ¿He hecho algo mal?

Ella negó con la cabeza.

–Es mi problema, no el tuyo. Solo quiero irme a casa.

–Te acompaño.

Pararon un taxi. Lo que más le preocupaba era ese repentino cambio para el que no encontraba explicación. ¿Qué había pasado?

–Ahora mismo no soy buena compañía. Creo que es mejor que te vayas.

–Muy bien –Luke apoyó una mano en el quicio de la puerta–. Lo que hubo entre nosotros sigue ahí, Mel, esta noche lo ha demostrado. Que lo exploremos o no depende de ti.

Melanie se apoyó en la pared, esperando hasta que el taxi desapareció al final de la calle. Le dolía la cabeza y eso fue un recordatorio de que su relación con Luke había tenido consecuencias.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. ¿Qué habría hecho Luke de saber que estaba embarazada?

Se había hecho esa pregunta mil veces y volvió a hacérsela.

Una vez en su habitación, sacó un joyero del armario. No solía hacerlo porque en esos años había aprendido a aceptar la pérdida como algo que formaba parte de la vida. La caja de madera con madreperla estaba envuelta en un pañuelo de seda... una de las pocas cosas de su madre que había conservado.

Dentro de la caja guardaba recuerdos importantes: la pulserita que le pusieron en el hospital el día que nació, una medallita de oro, la entrada para un concierto de su banda de rock favorita... Y su primera ecografía: la imagen en blanco y negro era todo lo que le quedaba de esa diminuta vida y Melanie trazó la imagen con un dedo. Nunca había tenido la oportunidad de sentirlo dentro de ella, de contar sus deditos o escuchar su risa.

—Si tu padre hubiera sabido de ti...

¿Habría sido diferente? ¿Luke habría aceptado el trabajo en Queensland de haber sabido que estaba embarazada? Entonces habría tenido que renunciar a su sueño de ser ingeniero geólogo y estaría trabajando con su padre, una situación que no lo habría hecho feliz.

Al menos Luke había hecho realidad sus sueños.

Había querido contárselo, pero su padre se lo impidió. Y entonces, en el segundo trimestre, perdió el niño. Tenía que contárselo.

## Capítulo Siete

Melanie terminó su turno a las once, después de catorce horas. Sus pacientes ya estaban dormidos, pero había echado una mano en urgencias.

Si se quedaba más tiempo haría más daño que otra cosa porque estaba agotada. Al menos podría darse un baño, meterse en la cama y dormir sin los sueños que la habían tenido despierta desde que Luke volvió a su vida. Esos dos días había trabajado sin parar, haciendo turnos extra para olvidarlo. Y Luke no la había llamado.

Lo echaba de menos y eso demostraba que sería un error volver a estar con él. Terminaría con el corazón roto otra vez.

Las puertas del hospital se cerraron tras ella mientras se envolvía en la cazadora de ante. Las horas extra no habían conseguido hacerla olvidar las manos de Luke sobre su piel, los labios húmedos, el brillo de sus ojos en el oscuro parque. Caminó a paso rápido hacia su coche, tiró el bolso en el asiento y giró la llave. Nada. Suspirando, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Tenía ganas de llorar.

Una frustrante hora después, la grúa fue a buscar su coche y cuando por fin llegó a casa, en taxi, encontró a Adam y Luke en el salón viendo una película.

–Hola.

Ignorando los salvajes latidos de su corazón, Melanie se concentró en dirigirse al dormitorio.

–Oye, espera un momento. ¿Qué ocurre? Pareces enfadada.

–Llevo quince horas trabajando y cuando quería volver a casa mi coche no arrancaba. Me han dicho que no tiene arreglo y lo único que quiero es dormir.

–Buena idea, Mel –oyó que decía Adam–. Puedes irte cuando quieras, Luke.

–No, no pasa nada –intervino Melanie–. No tienes que irte por mí, yo me voy a dormir.

Adam tomó el cuenco de palomitas antes de dirigirse a su

habitación.

–Gracias por la compañía. Yo también voy a dormir un rato.

Luke se volvió hacia Melanie.

–Siéntate un momento. ¿Quieres un café o un chocolate caliente?

–No, no quiero nada.

Luke empezó a quitarle las horquillas del pelo, haciéndola suspirar de placer mientras le deshacía la trenza y le daba un masaje en las sienes.

–Arreglaremos tu coche mañana.

–Ya te he dicho que no funciona. Tengo que comprar uno nuevo.

–El bueno de Maurie se ha rendido, ¿eh?

–Mikey –lo corrigió ella–. No puedo llamarlo cada vez que tengo un problema. He llamado al seguro y la grúa se ha llevado el coche.

Luke inclinó la cabeza para rozar sus labios, una vez, dos, suavemente, sin exigir nada. A Melanie se le doblaron las rodillas y cerró los ojos, sintiendo que se disolvía entre sus manos.

Pero estaba exhausta. Le daba igual que se quedase a dormir o no mientras ella pudiera hacerlo.

–¿Quieres un chocolate caliente o prefieres irte directamente a la cama? –preguntó Luke.

–¿Qué?

Él sacudió la cabeza.

–Quería decir sola. Pareces agotada.

–Una tita, hoy he tomado demasiados cafés –dijo Melanie mientras iba hacia su habitación–. Voy a darme un baño.

No iban a hacer el amor, pensó mientras abría el grifo de la bañera. No iban a hacerlo, pero si lo hiciera estaría despierta para disfrutarlo. ¿Tenía sentido?

Probablemente no. Una señal de que su cerebro había dejado de funcionar. Además, Luke ni siquiera había mencionado hacer el amor. Mel se recogió el pelo y se quitó el uniforme antes de hundirse en el agua caliente. Apoyando la cabeza en el borde de la bañera cerró los ojos...

–¡Mel! ¡Mel! –la voz de Luke parecía llegar de muy lejos.



Cuando abrió los ojos notó que el agua estaba templada y su piel fría.

–¿Qué pasa? –Melanie intentó levantarse, pero no tenía fuerzas.

–Llevo un rato llamándote desde el pasillo. Estabas dormida, cariño.

Luke la ayudó a salir de la bañera y la envolvió en una toalla.

–¿Qué hora es?

–La una. Tienes que secarte, estás helada.

Luke empezó a frotarla vigorosamente y Melanie tuvo que hacer un esfuerzo para no maullar como un gatito.

–Puedo hacerlo... –empezó a decir, incapaz de terminar la frase.

Luke se detuvo, mirándola con un deseo que ya no podía esconder. Lentamente, como si de una suave tortura se tratase, le pasó la toalla por los pechos y vio cómo los pezones se le levantaban, temblorosos.

Mel echó la cabeza hacia atrás sin poder hacer nada. Se quedó inmóvil mientras el pulso le latía en sus oídos y temblaba entre sus piernas.

El aliento de Luke era como una caricia en sus pechos, su abdomen. Estaba a unos centímetros de su piel desnuda, pero se limitaba a secarla con la toalla.

Había esperado ese momento durante cinco años. Era Luke, el hombre con el que comparaba a todos los demás. Su suavidad, su paciencia...

Luke siguió secándole los muslos... y más arriba, despacio, el roce de la tela llevándola al borde del precipicio.

–Luke –susurró, pero no pudo decir nada más.

–¿Estás bien? –le preguntó con voz ronca.

–Sí.

Un roce más de la toalla y el clímax la hizo caer al vacío. Todo se volvió negro, el suelo se movió bajo sus pies y cayó en los brazos de Luke.

Unos segundos después tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

–Creo que ya estoy seca. Casi por todas partes.

Él rio, pero la risa sonaba tensa.

–Vamos a la cama, cariño. Necesitas dormir.

Sin encender la luz, la arropó con el edredón mientras Melanie

temblaba. Las sábanas parecían de hielo.

–Hace frío –murmuró.

Oyó que Luke cerraba la puerta y luego sintió que se tumbaba a su lado, vestido. La abrazó, su espalda contra la camiseta blanca, su pierna desnuda rozando la tela vaquera del pantalón, la erección masculina en su trasero.

El cansancio era un ladrón que le robaba la oportunidad de darse la vuelta y bajar la cremallera que se le clavaba en la espalda. Por primera vez en cinco años no se sentía sola en el mundo. Mientras se quedaba dormida se le ocurrió que aquello era peligroso. Y que podría acostumbrarse.

\*\*\*

Cuando Melanie despertó de un sueño profundo y reparador, la luz del día inundaba la habitación. Se estiró perezosamente, pero cuando alargó el brazo descubrió que estaba sola en la cama.

Se dijo a sí misma que no estaba decepcionada, pero después de la noche anterior... tuvo que hacer un esfuerzo para bloquear las imágenes y controlar sus pensamientos.

Se puso un chándal para ir a la cocina y se hizo un café mientras pensaba en Luke y por qué estaba allí cuando llegó a casa. ¿Había ido con la intención de verla o para pasar el rato con Adam? Probablemente lo último, ya que ella había cambiado el turno con una compañera.

Entonces notó unos números anotados a bolígrafo en su muñeca... El número de su móvil. Uno de sus antiguos pasatiempos había sido escribir mensajes en el cuerpo del otro, siempre en sitios muy interesantes.

Melanie volvió al dormitorio y se quitó la ropa, temblando.

Allí, sobre su pecho izquierdo, Luke había escrito la dirección de su apartamento. Sintió que le ardía la cara al pensar que la había mirado mientras dormía... sin que ella pudiese hacer nada.

Después de vestirse decidió llamarlo, pero se detuvo. ¿Iba a llamar para darle las gracias por un orgasmo increíble?

Melanie tuvo que apoyarse en la mesa mientras se servía el café y estuvo a punto de quemarse la mano cuando sonó el teléfono. Era Luke.

–¿Qué tal has dormido?

–Probablemente mejor que tú –respondió ella.

–¿Tienes la dirección?

–Sí –murmuró Melanie, tocándose el pecho–. La tengo.

–Ve a la puerta.

–¿Qué?

–Hazlo.

–Muy bien, estoy en la puerta.

–Ábrela.

Melanie tuvo que guiñar los ojos para evitar el sol, pero enseguida vio un Holden Astra blanco aparcado frente a la casa.

Un involuntario gemido escapó de su garganta. No podía ser.

–Luke, ¿qué has hecho?

Él dio un paso adelante, con las llaves colgando de un dedo.

–Te he comprado un coche. Te hacía falta, ¿no?

–No puedo aceptarlo –murmuró ella, con el corazón encogido.

–¿Por qué no? Tú necesitas un coche y yo estoy ayudando a una amiga, nada más.

Ese regalo era un compromiso. ¿Y no habían dicho que no habría compromisos?

–No necesito tu ayuda, puedo comprar un coche con mi dinero.

Melanie volvió a entrar en la casa con las piernas temblorosas y se dejó caer sobre una silla de la cocina. Eso de «ayudar a una amiga» era absurdo. Claro que teniendo tanto dinero... seguramente para Luke no era importante. Y no tenía por qué ser un compromiso, ella no dejaría que lo fuera.

–Mira, yo... –empezó a decir. Pero cuando levantó la cabeza comprobó que estaba sola en la cocina.

Cuando llegó a la puerta vio que el Ferrari daba la vuelta a la esquina. Sin saber qué hacer, corrió hacia el coche. Había dejado las llaves en el contacto y un mapa abierto en el asiento del pasajero en la página de Double Bay.

–Piensas en todo, ¿eh? –murmuró para sí misma.

Pero aunque fuese a toda velocidad no llegaría a tiempo. Además, no estaba acostumbrada al coche nuevo y no conocía bien Double Bay, de modo que cerró la puerta y se llevó su impaciencia a casa. Muy bien, tenía que calmarse y recuperar el control.

Cinco minutos después se había puesto un jersey de color cereza y unos vaqueros, la cazadora de ante en la mano. Tomando

el mapa, subió al coche y pasó una mano por el salpicadero. Olía a coche nuevo y a la loción de Luke.

¿Debería enviarle un mensaje diciendo que iba de camino? No, mejor disculparse cara a cara.

Cuarenta y cinco minutos después aparcaba tras un clásico Mercedes y miraba el lujoso edificio de apartamentos, con grandes balcones, ventanales enormes y una vista para morir.

Estaba en una calle flanqueada por árboles que le recordaban la calle donde vivían sus padres. Melanie apretó el volante. No era su sitio, pensó.

Tomando la cazadora, bajaba del coche cuando una mujer inmaculadamente vestida salió del edificio y la miró con curiosidad.

Melanie sonrió. Que aquel no fuera su sitio no significaba que tuviera que ser grosera. Doña perfecta le devolvió la sonrisa mientras subía al Mercedes, por supuesto.

Sonriendo para sí misma, Melanie se dirigió al portal. Una vocecita le decía que volviera a casa, que el hombre que vivía en aquel sitio tan lujoso no era el hombre que ella había conocido.

Pero habían estado juntos la noche anterior y sus caricias eran las de siempre.

Respirando profundamente, subió los escalones del portal. Le daría las llaves y se disculparía, sencillamente.

Luke se secó la cara con una toalla mientras miraba a Melanie por la ventana. Allí estaba, el objeto de su frustración frente al portal, como si estuviera a punto de salir corriendo. Tenía la barbilla levantada, como retándose a sí misma.

–Qué mujer tan independiente –murmuró, irritado.

Cuando estaba poniéndose los vaqueros sonó el timbre de la puerta y corrió a abrir. Melanie se quedó en el descansillo, mirando su torso desnudo y sus pies descalzos.

–He venido a pedirte disculpas. Me he portado de una forma muy grosera –le dijo, sacando una cajita del bolso–. Y yo no soy una desagradecida.

–Estoy de acuerdo –Luke aceptó la caja y alargó la otra mano para apartarle el pelo de la cara–. ¿Qué es esto?

–Un regalo para tu apartamento.

–Solo lo aceptaré si tú aceptas el mío.

–Hay una gran diferencia entre un regalito y un coche.

–Yo no lo veo así.

Melanie suspiró.

–¿Puedo entrar?

–Sí, claro –Luke dio un paso atrás–. Los sofás no llegarán hasta mañana, pero hay sillas en la cocina.

–Abre el regalo –dijo ella.

Luke abrió la caja. Dentro había dos copas de champán y un sacacorchos de madera.

–Gracias.

Un regalo sencillo, nada caro, pero que significaba mucho para él.

–Seguramente tendrás toneladas de copas –dijo Melanie, mirando por la ventana.

–Nunca se tienen demasiadas copas. ¿Quieres un café? Estaba a punto de hacerlo. ¿O prefieres estrenar las copas?

–No, café está bien. ¿Te importa si exploro un poco el apartamento?

–No, claro que no.

Así tendría tiempo para calmarse.

–Ah, por cierto, espero que estés libre esta noche. Te debo una.

–Muy bien.

Seguro que no se refería a lo que él pensaba. Apretando los dientes, Luke se concentró en hacer el café, pero por el rabillo del ojo vio que entraba en su dormitorio.

Había dejado la cama sin hacer y podía imaginar la pálida piel de Melanie en contraste con las sábanas azules, sus manos moviéndose por el edredón, sobre él...

Esperaba que los planes de Mel incluyesen a más gente; una multitud si era posible.

–Muy bien –dijo Melanie unos minutos después, tomando su taza de café–. Tengo dos días libres. Tú no quieres nada serio, así que sugiero algo nada serio.

–¿Qué se te ha ocurrido?

–El parque de atracciones Luna Park –respondió ella, con una sonrisa en los labios.

–¿Y quién elige las atracciones?

–Yo –respondió ella–. Tal vez te deje elegir alguna, si te portas bien.

Eligiera él las atracciones o no, esa tarde iba a ser una montaña rusa en muchos sentidos. Aunque agradecía que no hubiera sugerido un simple almuerzo.

–¿Alguna cosa más?

–Sí, volveremos aquí a cenar. Incluso te dejaré cocinar.

–Ah, qué generosa.

Luke había evitado los parques de atracciones desde que rompió con Mel y no solo porque ver a la gente en la montaña rusa le encogiese el estómago sino porque el olor a grasa de las atracciones y el algodón dulce siempre le recordaban a ella.

Cuando llegaron a la entrada de Luna Park el pasado volvió como un caleidoscopio de sonidos e imágenes. Ganó un oso de peluche en una caseta, una serpiente de terciopelo verde en otra. Luego subieron a la noria y a un par de atracciones poco peligrosas. La montaña rusa que eligió Melanie no era tan aterradora como aquella en la que vomitó cinco años antes, pero tampoco mucho mejor.

–No irás a acobardarte, ¿verdad? –lo retó ella.

–No, claro que no.

Y no lo hizo, pero tardó media hora en recuperar el color de la cara y, además, tuvo que probar el algodón dulce porque Melanie insistió en que era parte de la experiencia.

Se quedaron en el parque hasta el anochecer, cuando el cielo se volvió de color púrpura y la ciudad de Sídney brillaba como una joya, sus luces reflejadas en el agua oscura del puerto.

Melanie tomó su mano, pero no era suficiente. Quería esas manos por todas partes, quería esos ojos brillando de placer, oscureciéndose de pasión.

–Ya hemos visto suficiente –dijo, tirando de ella–. Hora de volver a casa para cenar.

Pero cuando llegaron al coche, Luke tenía un objetivo en mente, y no era cenar.

–Ah, qué lujo –bromeó ella, arrellanándose en el asiento de piel.

Luke tuvo que apretar el volante ante una repentina visión de Mel desnuda sobre ese asiento, su trasero deslizándose por la suave

piel, las piernas abiertas, húmeda para él, solo para él.

Luke sacudió la cabeza. Una imagen más y tendría que parar en el arcén para hacerlo realidad.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Mel–. ¿Te duele algo?

–No, nada –respondió él, con voz ronca.

–¿En qué estabas pensando? –le preguntó Mel, tocando su rodilla.

–Nada de preguntas y nada de charla si quieres llegar a casa de una pieza.

Por el rabillo del ojo vio que esbozaba una sonrisa mientras se deshacía la coleta.

Le gustaría ser él quien hiciera eso, pensó, respirando el olor de su gel, el mismo de la noche anterior.

Tuvo que moverse, incómodo. Estaba reaccionando como un adolescente y no como un hombre adulto.

Cuando llegaron a casa detuvo el coche y apagó el motor. En el silencio podía oír los latidos de su corazón y la suave respiración de Melanie, que se había quedado dormida.

–Melanie... despierta.

Ella abrió los ojos poco a poco.

–¿Ya hemos llegado?

–Sí, vamos.

Pero Luke vaciló un momento antes de salir del coche. ¿Sería capaz de marcharse cuando decidieran que ya habían tenido suficiente? Aunque más bien sería ella quien le diese la espalda para salir con algún otro hombre.

Tenía que pensar eso, así sería más fácil mantener la perspectiva.

## Capítulo Ocho

Luke tiró las llaves sobre la mesa de la cocina. Lo único que deseaba era tumbarla sobre la alfombra, pero su deber como anfitrión exigía que aguantase un poco más.

–¿Quieres comer algo?

–Tal vez.

Tan ambigua respuesta hizo que se volviera. ¿Tal vez? ¿Estaba haciéndose ilusiones o había un brillo de deseo en sus ojos?

Luke tragó saliva mientras ella se quitaba la cazadora, revelando un tirante del sujetador bajo el jersey.

–Primero tengo que quitarme estas botas. Me duelen los pies.

Luke solo podía mirar sus labios, brillantes del azúcar del algodón que habían compartido.

–Tienes azúcar en la boca.

–¿Qué?

Melanie entreabrió los labios cuando él inclinó la cabeza para besarla. Y qué dulce sabía. Cuando ella abrió la boca para decir algo, Luke aprovechó la oportunidad para deslizar la lengua.

Pero Melanie se apartó. En sus ojos reconocía la misma intensidad que debía haber en los suyos, pero también algo más.

Quería borrar esa mirada de confusión y calmar sus dudas. «No le des tiempo para pensar», le dijo una voccecita.

–Melanie...

Desesperado, metió las manos bajo el jersey para encontrar algo satinado de color rosa...

–Solo estamos nosotros –murmuró, con voz ronca.

–Yo...

–Solo nosotros, aquí, ahora.

–Solo nosotros –repitió ella y Luke notó el temblor en su voz.

–Melanie...

–Solo nosotros, aquí, ahora –Mel metió las manos bajo el jersey para acariciarla–. Ahora, ahora.

Luke tuvo que tragar saliva mientras desabrochaba el botón de



los vaqueros. Tiró de ellos hacia abajo, junto con las bragas, para acariciar la suave piel de su trasero. Se quitó el jersey y cayeron sobre la alfombra con las piernas y los brazos enredados, jadeando.

–¿Estás bien?

Experimentó un sentimiento de primitiva posesión al ver su pálida piel, el pelo negro extendido sobre la alfombra como ébano, sus pezones oscuros...

Melanie arqueó la espalda.

–Lo estaré pronto.

Luke le abrió las piernas y se colocó entre ellas, donde quería estar, donde había soñado estar tantas veces.

¿Cuántas mañanas había despertado duro como una piedra y sudando, con el sabor de su sexo en la lengua, su aroma llenándole los pulmones?

–Eres todo lo que recuerdo y más.

El brillo de sus ojos la empujaba al precipicio y Melanie se rindió mientras la alfombra acariciaba su espalda desnuda, las manos de Luke abrían sus muslos.

Temblaba bajo su mirada, cada latido de su corazón le hacía eco en todo el cuerpo. Le sopló suavemente entre las piernas... un soplo ligero. Melanie suspiró, a punto de explotar bajo su ardiente mirada. Un segundo después, de su garganta escapaba un grito de placer mientras llegaba al clímax.

–Eres asombrosa, ¿lo sabes? –murmuró Luke, enterrando en ella su lengua en una perversa y deliciosa tortura cuando aún no habían terminado los espasmos.

–Luke... –Melanie se agarró a su pelo mientras él pellizcaba los sensibles pezones.

Excitada, le bajó la cremallera del pantalón y metió la mano bajo el calzoncillo para encontrarlo duro como el acero.

–Sigue haciendo lo que estabas haciendo.

–Hago lo que puedo –Luke sacó algo del bolsillo, un paquetito que rasgó con los dientes.

Melanie se quedó inmóvil. Nunca habían usado preservativo porque ella tomaba la píldora. ¿Y si volvía a quedarse embarazada?

Ben había usado preservativo, pero Carissa estaba esperando un niño, de modo que no era seguro al cien por cien. ¿Podría pasar

por eso otra vez?

–No pasa nada, Mel, no lo pienses. Te necesito esta noche, he querido hacer esto desde que volvimos a vernos.

El deseo los envolvía, arrastrándolos en un torrente de calor y sensaciones. Cuando se enterró en ella, Melanie se arqueó para recibirlo con renovado deseo, ahogándose en esa ola de amor.

¡No!

Amor no, le dijo una vocecita. No tenía nada que ver con el amor. Solo era deseo, una atracción física irresistible.

Luke aminoró el ritmo de repente para acariciarle el pelo.

–Quédate conmigo.

–Estoy aquí.

Las caricias se volvían frenéticas hasta que la razón desapareció y era imposible pensar. Solo existía el deseo que los empujaba hasta que, por fin, Luke se derramó dentro de ella.

Horas después, Melanie despertó con el calor del cuerpo de Luke sobre el suyo. Relajado, parecía un dios satisfecho después de haber cumplido con sus divinas obligaciones.

Y había sido divino, tenía que reconocerlo. En una docena de maneras diferentes sobre la alfombra y más tarde sobre las sábanas de satén. Solo habían parado un momento para comer algo antes de volver a la cama y seguir haciendo el amor. Se sentía demasiado feliz como para pensar en por qué aquello era un gran error o para considerar las consecuencias de una relación con Luke.

No, no era una relación. Aquello era sexo; genial, el mejor, pero nada más.

–Buenos días.

–Buenos días –Melanie sonrió, acariciándole el torso–. Muy buenos.

–¿Me merezco un beso?

–Eso depende.

–¿De qué?

–De lo que me ofrezcas de desayuno.

–¿Qué tienes en mente?

–Necesito algo que me sostenga antes de empezar otra ronda. Café, fresas y bollos recién hechos.

–¿Qué tal dos de tres? Te ofrezco café y fresas si tú vas a

comprar los bollos. Hay una pastelería aquí al lado.

–Muy bien.

–¿Seguro que quieres comer antes?

–Desde luego.

–¿Esto es una especie de prueba?

Como respuesta, Melanie se colocó sobre él, frotando su sexo contra el duro muslo masculino.

–Podríamos llamarlo un soborno.

–Algunos dirían que es ilegal –Luke metió una mano entre sus piernas–. ¿Quieres los bollos calientes ante de nada? –susurró, hundiendo un dedo en su centro.

–Sí... –consiguió decir Melanie, pero no parecía nada convincente.

Luke introdujo dos dedos, tres, haciendo círculos, creando una fricción que prometía llevarla al paraíso.

–¿Con canela o sin ella?

Melanie abrió las piernas, arqueándose hacia su mano

–Con azúcar... pero estás jugando sucio.

–Muy bien, lo admito –Luke apartó la mano, tan excitado como ella.

–Creo que iré yo. Necesito hacer ejercicio.

–El café estará frío y yo también –bromeó Melanie.

Riendo, Luke saco una camiseta de la cómoda.

–Volveré enseguida.

Melanie se sentó en la cama y respiró profundamente intentando controlarse. Su ropa estaba en el salón, donde Luke la había tirado, así que inspeccionó su vestidor y encontró una camisa de franela que serviría a modo de albornoz.

Encontró un paquete de café en la cocina y, mientras esperaba que la cafetera hiciera su trabajo, empezó a sacar platos y tazas de un armario.

Luke volvió unos minutos después y dejó la bolsa con los aromáticos bollos sobre la mesa.

–Justo a tiempo.

–Qué bien hueles –murmuró él, abrazándola.

–Llevo tu camisa.

–Ah, entonces yo también huelo bien.

–¿Nos comemos los bollos después?

Él dejó escapar un suspiro.

–Acabo de escuchar los mensajes del móvil. Mis padres volvieron anoche y quieren saber por qué tenía el teléfono desconectado.

Melanie, a punto de servir el café, se quedó inmóvil.

–¿Qué les has dicho?

–Que estaba ocupado con una mujer preciosa que no me dejaba usar el teléfono –bromeó Luke–. He quedado a comer con ellos en una hora.

–Ah, bueno, entonces supongo que me echarás de aquí en una hora.

–Seguramente querrán ver mi nuevo apartamento...

–Y no me quieres aquí –lo interrumpió Melanie. Ni ella tenía intención de ver a su padre–. No pasa nada, no te preocupes.

–Siento que haya sido hoy precisamente.

Melanie también lo sentía. Podrían estar en la cama, abrazados, disfrutando el uno del otro. Pero la noche había pasado, había salido el sol y era otro día.

–Yo necesito dormir un poco y hacer cosas en casa y tú tiene que ver a tus padres. Lo entiendo.

–Bueno, vamos a desayunar.

–No, gracias. Es mejor que me marche.

–Pero he ido a comprar los bollos –protestó él.

–Supongo que querrás arreglar el apartamento antes de que lleguen.

Hacer la cama, tirar el preservativo, los preservativos...

–No voy a tardar una hora.

–Será mejor que me vista.

\*\*\*

En cuanto sus padres se fueron, Luke sacó el móvil para llamar a Mel y decirle que había estado pensando en ella.

Después de enseñar el apartamento a sus padres habían comido algo en un restaurante cercano mientras hablaban de negocios, pero no había podido dejar de pensar en Melanie ni un solo momento. No podía librarse de la imagen de Mel desnuda en su cama... ni de la fría mujer que era cuando se marchó.

Estaba decepcionada porque no habían podido terminar lo que

empezaron esa mañana y él también.

Por fin, saltó el buzón de voz. Una decepción. Le gustaría poder verla, olerla, tocarla, decirle... ¿qué?

–Soy Luke, Melanie. Espero que estés despierta... voy a buscarte –dijo antes de cortar la comunicación.

¿Qué le pasaba? Una noche de sexo y... Luke sacudió la cabeza. Sexo, eso era todo. ¿O no? Sexo con una mujer que llevaba en su cabeza cinco años.

Unos minutos después llamaba al timbre de su casa con una mano, en la otra un ramo de flores.

Esperó, pero no hubo respuesta. El coche de Adam no estaba en el aparcamiento, pero el de Melanie sí.

–Sé que estás ahí –dijo, levantando la voz–. Abre o tendré que usar la llave que me ha dado Adam.

Una mentira, pero tuvo el efecto deseado porque Melanie abrió la puerta, pálida, con aspecto cansado. ¿No había dormido o había algo más detrás de esas ojeras?

–¿Puedo entrar?

–Sí, claro, pero Adam no te ha dado una llave –dijo Melanie, cruzando los brazos sobre el pecho.

Solo llevaba una camisa y las piernas desnudas... las piernas que habían estado enredadas en su cintura unas horas antes.

–¿Cómo lo sabes?

–Adam no le daría una llave de la casa a nadie sin consultarlo conmigo.

–Muy inteligente. Oye, siento lo de esta mañana.

–Lo entiendo, no pasa nada.

No, no lo entendía porque tomó las flores evitando rozarlo o mirarlo a los ojos.

–¿Te gustan?

–Son preciosas, gracias. Por cierto, lo siento –se disculpó Mel, señalando la ropa que colgaba de las sillas–. Se ha roto la secadora. El salón también está lleno de ropa. Tengo que llamar al alguien para que la arregle, pero no he encontrado el momento.

–Olvídate de la ropa y de las flores –la interrumpió Luke, acercándose–. Quiero hablar contigo.

–Yo no quiero hablar.

–Yo tampoco –Luke esbozó una sonrisa traviesa.

–Quiero dormir. Anoche no dormimos mucho.

–Pensé que habías estado durmiendo.

–He estado haciendo recados y poniendo la lavadora – respondió Mel.

–Bueno, entonces podemos irnos a la cama si quieres.

–Sola, Luke.

No todo estaba perdido, pensó él, al ver que los pezones se le marcaban bajo la camisa.

–Me iré dentro de un rato.

Saber que estaba desnuda bajo la camisa hizo que la sangre se le agolpase en la entrepierna y no pudo evitar acariciarle los pechos...

–Para –le pidió ella, arqueándose hacia su mano.

–Tú no quieres que pare –Luke inclinó la cabeza para chupar un pezón por encima de la tela–. Y yo tampoco –añadió, empujándola hasta que sus piernas chocaron con el sofá.

Melanie le pasó una mano por la hebilla del cinturón.

–Con nosotros siempre se trata de sexo, ¿verdad?

Luke la miró durante unos segundos, intentando entender su estado de ánimo. Le pareció ver algo frío y duro en sus ojos.

–Mel...

–Luke...

–Tú primero –dijo él.

Su tono serio hizo que se preparase para lo peor. Melanie se llevó una mano al abdomen, como si le doliese, y dejó escapar un suspiro que parecía salirle del alma.

–No es nada importante. ¿Qué ibas a decir?

–¿Te acuerdas de anoche? Cuando te toqué por todas partes con las manos, los labios, la lengua... me perdí dentro de ti y tú te perdiste en mí.

Y eso era lo que echaba de menos con otras mujeres, que Melanie se entregaba por completo, abiertamente, sin inhibiciones. Era algo más que sexo.

–No lo he olvidado –Melanie giró la cabeza, ofreciéndole su cuello–. Eres mi hombre.

No sabía por qué, pero esa expresión le pareció algo temporal, como si fuera bueno hasta que llegase otro.

«Temporal». Eso era lo que quería, ¿no? Alguien temporal en su

vida. Además, había sido Melanie quien dijo que su relación nunca sería nada serio.

Cinco años atrás esas palabras habían herido su amor propio, pero en aquel momento era algo más.

La noche anterior había significado algo para él.

Y mientras intentaba entender que era ese esquivo «algo más», Melanie abrió los ojos y lo miró como si pudiera ver dentro de él.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo sería nuestra relación si no hubiera sexo?

Ella parpadeó varias veces, confusa.

—¿Sin sexo? No, imposible, nuestra relación está basada en el sexo, nada más.

¿Tendría razón? Porque él estaba cansado de vivir solo y quería alguien con quien volver a casa, alguien con quien compartir su vida. Había querido eso durante mucho tiempo, pero acababa de darse cuenta.

—Vete a casa, Luke. Tu familia es lo primero. Yo estaré de guardia durante los próximos días y tengo la reunión del comité para el proyecto Rainbow Road.

—¿Por qué trabajas tanto? —la interrumpió él. Era casi como si no quisiera tener días libres para verlo.

—Llevo cinco años haciéndolo —respondió Melanie— me mantiene concentrada.

La mantenía distraída, pensó él, recordando a la chica que solía hacer novillos para salir con él.

Su rechazo lo turbaba y lo irritaba a la vez.

—Muy bien. Duerme un rato.

Salió de la casa y se quedó en la puerta un momento, pensativo. ¿Qué había pasado en esos cinco años que tanto la había cambiado?

—Deja que lo haga Ben —dijo Carissa cuando Mel se levantó para limpiar la mesa.

—Pero él ha hecho la cena...

—Tú tienes que trabajar esta noche —la interrumpió su hermana—. Además, a Ben no le importa.

—No me importa porque tenemos lavaplatos —bromeó su cuñado—. Además, ya sabes que por mi mujer haría cualquier cosa.

Ben desapareció en la cocina y Carissa se levantó a toda prisa.

–Perdona un momento...

Melanie miró su reloj. Tenía que irse al hospital en unos minutos. Tomando su copa, se dirigió a la cocina... y soltó una carcajada al ver a su hermana y su cuñado abrazados.

–Ben, que el bebé va a tener palpitaciones –bromeó–. Venga, ya has monopolizado a tu mujer durante mucho tiempo, ahora es mi turno.

–Lo siento –se disculpó su cuñado–. Me he dejado llevar.

Riendo, Mel le puso una mano en el abdomen a su hermana y la apartó de inmediato.

–Ha dado una patada –murmuró, con el corazón encogido.

–Mel... –Carissa no tenía que decir nada más.

–No pasa nada. Me alegro tanto por ti y por Ben.

–Ven, vamos al salón –Carissa tomó su mano para llevarla al sofá–. Bueno, cuéntame cómo va tu vida amorosa. Y quiero detalles –su hermana dio un golpecito en el asiento del sofá.

Melanie le contó que había pasado la noche en casa de Luke y que la llegada de sus padres había interrumpido el encuentro.

–Estuve a punto de contarle lo del niño, pero al final no me atreví.

–¿Por qué?

–Ni siquiera sé cuánto va a durar esto.

–Yo vi cómo te miraba en el pub la otra noche.

–¿Para qué tener una relación si Luke va a marcharse tarde o temprano? Se irá y no volveré a verlo.

–¿Te lo ha dicho él?

Melanie negó con la cabeza.

–No, solo es una impresión.

–Podrías irte con él.

–¿Si me lo pidiera como hizo la última vez?

–Ha comprado un apartamento aquí, ¿no?

Melanie se encogió de hombros.

–Como una inversión.

–Muy bien, dejando eso de lado, ¿qué sientes por él?

–Lo mismo y diferente –respondió Mel, suspirando–. Es el único hombre al que querría como padre de un hijo mío.

–El hombre que no sabe que lo fue –murmuró su hermana.



–Intenté decírselo hace cinco años, pero fue imposible, ya lo sabes. ¿Para qué voy a contárselo ahora?

–Porque es lo más justo. Yo pensé lo mismo de Ben, ¿te acuerdas? Creí que estaría mejor sin saber nada.

Melanie asintió con la cabeza, sabiendo que su hermana tenía razón, sabiendo que debería contárselo, pero temía consecuencias.

Luke había dejado claro lo que pensaba de la relación y ella no podía permitirse el lujo de enamorarse... ¿o ya era demasiado tarde?

## Capítulo Nueve

Luke estuvo con sus padres los dos días siguientes, conteniendo el deseo de llamar a Melanie. Quería darle una sorpresa y hacerlo bien, de modo que llamó a Adam para pedirle la información que necesitaba. Esa noche, Melanie salía del hospital a las nueve y no tenía que volver hasta las tres de la tarde del día siguiente. Tendrían tiempo para una cena íntima.

Sonriendo para sí mismo, colocó dos velas de jazmín sobre la mesa de madera bruñida. La nueva cubertería brillaba, las copas también. Y la vajilla era nueva. Había contratado a un chef que había llenado la nevera con rollitos vietnamitas de verduras, ensalada, un plato de carne y piña caramelizada con crema.

Luke miró su reloj y, después de comprobar que todo estaba en su sitio, tomó las llaves del coche.

–¿Qué haces aquí? –exclamó Melanie, al verlo en el pasillo del hospital.

–Yo podría preguntar lo mismo. Me dijeron que salías a las nueve y llevó aquí quince minutos.

–Esta noche tenemos mucho trabajo –respondió Melanie. No iba a contarle que se había presentado voluntaria para trabajar una hora más durante los últimos días porque no quería verlo—. Una de mis pacientes no se encuentra bien y voy a quedarme con ella un rato. Le llevaba algo para dormir.

–¿A qué hora terminarás?

–En una hora o dos.

Luke frunció el ceño.

–Eso no es verdad. La enfermera de información me ha dicho que estabas a punto de salir y he hecho planes para esta noche.

–¿Qué planes? –preguntó ella—. ¿Por qué no me has llamado?

–Quería darte una sorpresa.

–Bueno, pues me la has dado –Melanie siguió caminando por el pasillo, con Luke tras ella—. Lo siento, tengo que quedarme un rato

con Judy.

–Te esperaré.

Luke metió las manos en los bolsillos del pantalón y ella tragó saliva. ¿De verdad iba a esperarla en el pasillo? No había sabido nada de él en dos días y, de repente, aparecía en el hospital con planes.

–¡Melanie! –la llamó una compañera–. Deberías haberte marchado hace quince minutos –dijo luego, quitándole la bandeja de la mano–. El horario de trabajo ha terminado, jovencita, y hay un hombre muy atractivo esperándote.

–No estoy vestida para salir –protestó Melanie mientras se ponía la cazadora en el coche.

Luke giró la cabeza para mirarla, en sus ojos un brillo promesa.

–No tienes que arreglarte, vamos a cenar en mi apartamento.

Ah, claro, y ella sabía lo que eso significaba. Pero una voccecita le decía que sus padres se habían ido y, por lo tanto, estaba de vuelta en su vida. ¿Durante cuánto tiempo?

Cuando llegaron al apartamento se quedó sorprendida al ver la elegante mesa con un jarroncito de violetas y velas, todo tan romántico.

–¿Una cena íntima?

Luke carraspeó, incómodo.

–Bueno, era una idea. Tal vez me haya pasado, pero...

–Es un detalle –lo interrumpió ella–. Incluso le has pedido prestada a tu madre la vajilla.

–No, es mía.

Melanie parpadeó, sorprendida.

–La chica de la tienda me dijo que a las mujeres les gustaba mucho este diseño.

–¿Has comprado esta vajilla por mí?

Luke se encogió de hombros, confuso.

–Demonios, no sé qué te gusta. Nunca sé dónde estoy contigo.

Y esa siempre había sido la atracción y el dilema. Melanie era diferente a las demás mujeres que conocía. Nunca dejaría de sorprenderlo.

–Por el momento lo estás haciendo muy bien.

–Quiero conocerte y quiero que tú me conozcas a mí.

–Pensé que ya nos conocíamos.

–Conocemos nuestras zonas erógenas y cómo darnos placer el uno al otro, ¿pero qué más sabemos? ¿Cuál es mi película favorita? ¿Y la tuya? ¿Qué pienso sobre si hay vida en otros planetas? ¿Te gusta pasear bajo la lluvia?

Melanie lo miró, perpleja.

–Yo...

–Lo de esta noche es un experimento. Nada de sexo.

–Nada de sexo, ¿eh?

–Cariño, solo será esta noche –dijo Luke–. No porque no quiera sino porque quiero conocerte de otra manera. ¿Podemos hacerlo?

Ella asintió con la cabeza.

–Podemos intentarlo. La cuestión es por qué.

Luke no quería responder porque no estaba seguro de conocer la respuesta.

–Sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

–Muy bien. Mi película favorita es Pretty Woman y me gusta pasear por la playa bajo la lluvia. La tuya es 2001, una odisea en el espacio, y si pudieras irías a la primera misión geológica en el Planeta Rojo. Bueno, pues ya que hemos aclarado eso. ¿Qué hay de cena, Romeo?

Luke la miraba, boquiabierto. Había acertado.

–Dime el nombre del perro que tenía a los doce años.

–Meteoro –dijo ella–. Te conozco bien –añadió, abriendo la puerta de la nevera.

Luke apoyó un hombro en el quicio de la puerta para admirar ese trasero respingón, lamentando de inmediato el plan de no incluir sexo en aquella cena.

–¿Así que te has convertido en un gourmet en mi ausencia? –preguntó Mel, sacando el postre de piña.

–Ojalá. No, me temo que sigo siendo de los que se hacen un bocadillo para cenar. Un chef se ha encargado de todo.

Ella probó la piña.

–Mmm, está muy rica. ¿Qué tal si le ponemos crema o nata?

Luke tragó saliva. Demonios, todo en él le pedía que lamiera esos labios. Y ella debió darse cuenta porque, de repente, se quedó inmóvil.

Juegos eróticos con la comida... Mel y él podrían escribir un libro sobre eso. Los recuerdos enviaban dardos de deseo que

apenas podía controlar.

Estaba tan cerca que podía ver una peca sobre su labio superior. Y podía olerla... la suya era una fragancia sensual que no podría embotellarse.

Melanie le ofreció un trozo de piña y Luke abrió la boca. Le gustaría más saborearla a ella, pero Melanie se apartó con una sonrisa.

–Nada de sexo, ¿no?

–La comida no es sexo –protestó Luke. Pero él sabía que no era verdad y, a juzgar por la expresión burlona de Mel, también ella lo sabía.

–Muy bien, vamos a comer a la manera tradicional.

¿Cómo iba a poder tragar mientras veía a Melanie mojar el rollo vietnamita en salsa y metérselo luego en los labios? ¿Tenía que hacer de todo un ejercicio erótico?

Pero logró superar la cena e incluso recordó encender las velas y servir el vino mientras conversaban, aunque no recordaba de qué habían hablado.

Pero sí recordaba cómo Melanie parecía hacer el amor con la copa de vino, cómo se pasaba la punta de la lengua por los labios...

En cuanto terminaron se levantó de la mesa para calmarse un poco y admiró el arcoíris. Había calculado mal. Fatal.

Sintió que se le erizaba el vello de su nunca y supo que Melanie estaba detrás de él.

–Una cena estupenda –musitó, mirándolo con ojos ardientes.

–Gracias.

El pulso se le aceleró de nuevo. Melanie llevaba un simple jersey, pero él sabía lo que había debajo. Su cerebro estaba dejando de funcionar porque sus piernas no respondieron cuando se lo ordenó y su boca se abrió para fundirse con la de Melanie. Sabía a caramelo, a deseo.

No, aquello no entraba en sus planes.

De alguna forma, consiguió apartarse y recuperar la cordura, recordando que aquello había sido idea suya, su regalo. Y era él quien estaba saltándose las reglas. Intentó llevar oxígeno a sus pulmones mientras Melanie lo miraba con unos ojos cargados de pasión.

–¿Qué hacemos ahora?

–Dar ese paseo bajo la lluvia –respondió él–. ¿No es eso lo que te gusta?

–¿Quieres que vaya a la fiesta de tus padres?

Luke había pensado que no mostraría ningún entusiasmo.

–Claro que sí.

–En casa de tus padres.

–Ese es el plan.

Quería que conociese a sus padres para demostrarle que no eran los ogros que ella parecía creer.

–¿Has aceptado sin contar conmigo?

La hija de la empleada con los amigos de la familia Delaney.

No lo había dicho en voz alta, pero Luke casi oyó esas palabras.

–Te estoy pidiendo que vengas. Mis padres son lo que son, pero son mis padres.

Sin embargo, quería que ella los aceptara y hasta ese momento no se había dado cuenta de lo importante que era.

–Tú eres parte de mi vida –Luke le puso las manos en los hombros– una buena parte. Y quiero que vayas.

Melanie parpadeó.

–No sabría cómo... hacer el papel.

–No tienes que hacer ningún papel, sé tú misma. Si quieres, podemos comprar un vestido...

–¿Qué le pasa a mi ropa?

–No, nada. Pensé que te gustaría ponerte algo nuevo.

–No veo por qué.

–Muy bien –Luke metió las manos en los bolsillos del pantalón. Aquello estaba siendo más difícil que una excavación.

Melanie dejó escapar un resignado suspiro.

–¿Qué tipo de ropa debo llevar, un vestido largo?

Luke no lo había pensado. ¿Las mujeres no sabían instintivamente qué ponerse para esa clase de eventos?

–Algo con lo que te sientas cómoda. Aunque tal vez podrías dejar las botas y la cazadora en casa.

–Y seguro que alguien podrá prestarme una tiara, perdí la mía en el último baile.

Luke se inclinó hacia delante para envolverla en sus brazos.

–No creo que eso sea necesario, pero me gustaría mucho verte con un vestido y tacones de aguja como los que llevabas el otro día, pero la decisión es tuya. Estás guapa con cualquier cosa.

–Veremos los que puedo hacer –dijo ella, con voz ronca–. ¿De qué color debo llevar la ropa interior?

Él esbozó una sonrisa.

–Sorpréndeme.

–Muy bien, creo que podre hacerlo.

\*\*\*

El coche que Luke había contratado para ir a buscarla se detuvo frente a la casa de los Delaney y Melanie respiró, nerviosa. Había decidido ponerse una falda de terciopelo azul turquesa con un jersey de manga cóctel del mismo color encima de una camisola de seda, el cabello peinado con más cuidado que de costumbre.

–Aquí estamos, señorita Sawyer –dijo el conductor, saliendo del coche para abrirle la puerta.

–Gracias –Melanie sonrió, aunque estaba a punto de decirle que la llevase de vuelta a casa.

Entonces vio la fuente... ah, la recordaba muy bien.

El conductor volvió a arrancar, de modo que no había forma de escapar. Tenía que enfrentarse con lo inevitable. Los tacones de sus zapatos negros repiqueteaban sobre el pavimento mientras se dirigía hacia la enorme puerta de madera. Había hecho el amor con Luke apoyada en esa puerta... ¿había algún sitio en aquella casa que no tuviera recuerdos?

¿Que tenía en común con esa gente? ¿Por qué había aceptado ir a la fiesta?, se preguntó. Pero la puerta se abrió en ese momento y Luke apareció bajo una fabulosa lámpara de araña.

Llevaba un pantalón oscuro y una camisa de color crema que destacaba su piel bronceada, su sonrisa brillante. Él era la razón por la que había ido a la fiesta. La única razón.

–Menos mal que estás aquí para hacerme compañía –Luke tiró de su mano para darle un rápido beso en los labios–. Tienes las manos heladas. Venga, entra.

Melanie sonrió, pero le temblaban las piernas, todo el cuerpo.

Elizabeth Delaney estaba en el vestíbulo; una guapa rubia con un elegante top de seda azul y un pantalón negro, perfectamente

peinada y maquillada.

–Mamá, te presento a Melanie Sawyer.

–Buenas noches, señora Delaney.

–Buenas noches, Melanie. Y llámame Elizabeth, por favor. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

–No tanto como yo –dijo Luke, apretándole la mano.

–Encantada de conocerte. Luke no suele presentarnos a sus amigas.

«Amigas», en plural, por supuesto. Luke tenía muchas amigas y ella solo era una más.

–¿Conoces a Luke desde hace mucho tiempo? –la voz de su madre la devolvió al presente.

–Nos conocimos hace cinco años. Yo trabajaba de camarera en un cóctel que organizó su marido.

Luke le pasó un brazo por la cintura.

–Y hemos vuelto a encontrarnos.

–¿Os habéis mantenido en contacto todos estos años? –preguntó Elizabeth–. Qué vergüenza, nunca me has hablado de ella, hijo.

A Melanie se le encogió el corazón. Por supuesto que nunca la había mencionado, porque solo había sido una aventura sin importancia.

–No manteníamos contacto. Nos hemos encontrado por casualidad.

–El destino –dijo Luke.

–Su hijo ha tenido mucho éxito, imagino que te sentirá orgullosa de él.

–Sí, claro, pero ahora tiene su propio apartamento, así que no lo vemos tanto como nos gustaría.

–Mamá...

–Perdonad, tengo que atender a los demás invitados –se disculpó Elizabeth–. Sírvele una copa a tu amiga.

–Claro que sí.

Luke tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero.

–Estas guapísima, por cierto.

–Gracias –Melanie tomó un sorbo de champán.

–Me pregunto qué clase de ropa interior llevarás hoy...

–Más tarde –respondió ella–. ¿Dónde está tu padre?



No tenía que haber preguntado porque, por supuesto, Colin Delaney llamaba la atención con su traje de chaqueta oscuro, camisa blanca y corbata de rayas. Enseguida lo vio frente a la chimenea, conversando con un hombre mayor que estaba de espaldas a ella. Colin los había visto, por supuesto, y estaba observándolos. O, más específicamente, a ella.

–Ven aquí –Luke tiró de su mano para llevarla hacia la chimenea.

–Papá, te presento a Melanie Sawyer.

–Encantada, señor Delaney.

–Llámame Colin, por favor –dijo él, estrechando su mano–. Nos hemos visto alguna vez, ¿verdad? –antes de que Melanie pudiese responder, Colin se volvió hacia el hombre mayor–. Te presento a Sir Gerald Doyle...

–¡Melanie, me alegro de verte!

–Hola, Gerry, ¿cómo estás?

–Genial. Incluso he vuelto a jugar al tenis.

–¿Y cómo está Minette? –le preguntó Melanie, notando la sorpresa de Colin Delaney.

–Muy bien, gracias. Está en Melbourne ahora mismo con nuestro hijo, su mujer y nuestra nieta.

–Ah, me alegro.

–Colin, esta chica es un ángel –dijo Gerald–. Cuando sufrí un infarto el año pasado ella estaba en urgencias y me salvó la vida. Se tomó un interés especial por mí cuando estaba recuperándome, eres un hombre muy afortunado, Luke.

–Ya lo creo –asintió él, pasándole un brazo por los hombros, casi como reconociendo que eran una pareja de verdad.

–Ser enfermera es una profesión dura –dijo Colin–. Evidentemente, has encontrado tu camino.

Melanie levantó la barbilla, aceptando el cumplido con toda la gracia que pudo.

–Así es.

–Encantando de volver a verte, Melanie. Minette lamentará no haber podido saludarte.

–Dale un abrazo de mi parte.

Luke tiró de su mano para llevarla hacia uno de los ventanales.

–¿Lo ves? Ya te dije que no habría ningún problema. Incluso

conoces a los amigos de mis padres.

Melanie no conocía a nadie más, aunque reconocía algunas caras de las páginas de sociedad de las revistas.

Le dolían los dedos de apretar la copa, las mejillas de tanto sonreír, los pies por culpa de los tacones. Unos minutos después Luke se disculpó para hablar con los camareros y Melanie se encontró entre un grupo de mujeres mayores, escuchando cotilleos sobre desastres de cirugía plástica, aventuras extramaritales y rupturas mientras intentaba no perder la sonrisa.

Mientras miraba hacia la puerta porque la Luke había desaparecido deseando que la rescatase se encontró con los ojos de Colin, que la miraba con el ceño fruncido.

A su lado había una rubia despampanante y lo vio llamar a Luke, que acababa de regresar al salón. Él se inclinó para darle un beso en la mejilla y se le encogió el estómago cuando el fotógrafo les pidió que posaran para una foto. Luke pasó un brazo por su hombro desnudo mientras la rubia sonreía de oreja a oreja. Luke miró a Melanie entonces como si supiera que estaba observando.

Hora de irse, decidió. Dejando su copa en la primera mesa que encontró, salió al pasillo y entró en la biblioteca.

Por suerte, no había nadie, solo el olor a libros viejos y cuero. Dejando escapar un suspiro de alivio, cerró tras ella y apoyó la cabeza en la puerta.

Estaba celosa. Nunca había estado celosa en toda su vida, pero reconocía los síntomas. Estaba celosa porque... No podía estar enamorada de Luke Delaney otra vez.

Pero era un hombre por el que haría cualquier cosa, incluso acudir a la estúpida fiesta que había organizado su padre.

Un hombre en cuyo mundo no había sitio para ella.

No, no podía estar enamorada, era imposible. Solo iba a ser una aventura.

—¿Mel?

Melanie dio un paso adelante cuando alguien empujó la puerta.

—Estoy aquí.

—Te pido disculpas por la insensibilidad de mi padre. Me estaba presentando a la nieta de una amiga, pero no sabía que iban a hacer fotos.

—Parece pensar que hacéis buena pareja y lo comprendo, es

muy atractiva.

–No me he dado cuenta –dijo él, tomándola de la mano–. Yo prefiero a las morenas de piernas largas.

Melanie se inclinó hacia delante para desabrocharle los dos primeros botones de la camisa.

–Tampoco te has dado cuenta de que era rubia, ¿verdad?

–Me he dado cuenta de que tú salías del salón –dijo él, empujándola suavemente hasta que su espalda chocó contra el escritorio.

–Pero no me he ido.

–No, es verdad –susurró Luke, besándola el cuello.

–¿Quieres saber por qué? –Melanie se quitó los zapatos.

–Porque aún no has visto mi ropa interior.

–Pero he estado pensando en ella toda la noche –Luke le levantó la falda–. Ah, medias negras con encaje –susurró, deslizando las manos por sus muslos y mirándola con cara de sorpresa–. ¿Has venido sin bragas?

–He venido preparada.

–Yo también.

Luke sacó un sobrecito del bolsillo con la mano libre y lo rasgó con los dientes mientras la acariciaba hasta hacerla gemir.

–¿Quieres que nos arriesguemos, Mel?

–¿Aquí, en la biblioteca, con docenas de invitados a unos metros?

–¿Quieres que cierre la puerta?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces no habría emoción.

Luke se encogió de hombros.

–Lo había imaginado –murmuró mientras le bajaba la cremallera del pantalón.

–Espera, déjame –Melanie le puso una mano en la entrepierna, deslizándola arriba y abajo, viendo cómo contenía el aliento.

Sus miradas se encontraron cuando le quitó el preservativo de la mano. Al otro lado de la puerta sonaban las notas de una sinfonía de Beethoven y el distante murmullo de conversaciones, pero el único sonido en la biblioteca eran sus jadeos.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, le puso el preservativo y lo guio hasta que rozó su húmeda carne.

–No me canso de ti –murmuró Luke, agarrando sus caderas mientras entraba en ella, mirándola a los ojos mientras empujaba hacia delante.

Melanie tuvo que agarrarse a sus hombros para no caer al suelo. También ella miraba sus pálidos muslos en contraste con la piel más oscura de Luke.

No quería pensar en nada. Aquello era sexo ilícito, ardiente, una descarga de adrenalina necesaria para los dos.

Sintió una explosión de calor y se dejó llevar, temblando, su clímax provocando el de Luke con una última y salvaje embestida que tiró la lámpara del escritorio.

–Vaya, menos mal que no se ha roto –riendo, la ayudó a bajarse la falda–. ¿Estás bien?

Melanie sonrió. Se sentía tan bien que no podía moverse.

–¿Tú qué crees?

Luke la besó una, dos veces.

–Creo que será mejor volver a...

La puerta de la biblioteca se abrió en ese momento y enseguida oyeron risas, una masculina y otra femenina.

Rápido como el rayo, Luke le bajó la falda mientras Melanie intentaba ponerse en pie.

–Creo que estamos a salvo –murmuró una voz masculina en la oscuridad.

–No, me temo que no –dijo Luke, con una sonrisa que solo ella podía ver.

Melanie se mordió los labios para no reír, un poco achispada por el champán, pero lo bastante sobria como para contenerse.

De inmediato escucharon un gemido ahogado, seguido de pasos y un portazo que los hizo reír.

–No sé tú, pero se me ha abierto el apetito –dijo Luke, inclinándose para buscar sus zapatos.

–Me vendría bien un café. ¿Crees que nos hemos perdido la cena?

–No, es demasiado pronto –Luke se subió la cremallera del pantalón y se dirigió a la puerta para mirar el pasillo–. No hay moros en la costa. ¿Qué tal si vamos a la cocina a comer algo?

–¿Huelo a café recién hecho?

A Melanie se le encogió el corazón. Ese tono arrogante solo podía ser de un hombre: Colin Delaney.

–Sí, ¿te apetece? Luke ha ido un momento al baño, pero volverá enseguida.

Colin asintió con la cabeza.

–Si no te molesta...

–No, claro que no.

–¿Cómo lo tomas, con azúcar, con leche?

–Solo, sin azúcar.

Colin se apoyó en la pared, mirándola fijamente, tan cerca que casi le daba miedo y Melanie tuvo que tragar saliva. Parecía estar midiéndola, observándola y encontrando todos sus defectos.

–Bueno, Melanie Sawyer, así que ya no eres camarera.

Lo decía como si ser camarera no fuese un trabajo honesto y eso dejaba claro lo que ella ya sabía: que tenía prejuicios sociales. ¿O ella no le gustaba particularmente?

–No, ya no –respondió.

–Tomaré unos rollitos de pescado –Colin señaló una bandeja– y un par de esos de cangrejo. Los platos están en ese armario. Entre tú y yo, no confío en el servicio de catering.

–¿Ah, no? –Melanie tuvo que morderse los labios para no decirle lo que pensaba–. Esta empresa es estupenda, yo lo sé muy bien porque trabajé con ellos hace unos años.

–Melanie –Elizabeth estaba en la puerta de la cocina y, por su expresión, llevaba allí un rato–. Espero que mi marido te esté tratando bien.

–Sí, claro.

–¿Dónde está Luke?

–Estoy aquí, mamá.

Melanie dejó escapar un suspiro de alivio.

–Te he comprado algo para el apartamento...

–Spencer Overton está aquí para discutir los planes de la nueva promoción –la interrumpió Colin–. Se marcha a Estados Unidos mañana y me gustaría que hablastes con él cuando tengas un momento.

–Muy bien, iré enseguida –Luke miró a Melanie antes de inclinarse para besar a su madre–. Gracias, mamá.

–¿No vas a abrirlo?

–Sí, claro –Luke abrió el paquete y soltó una carcajada–. Ah, vaya, copas.

No eran simples copas, pensó Melanie, sino copas de un famoso cristal que dejaban las suyas a la altura del betún. Y un sacacorchos de plata.

¿Cómo iba a competir ella con una familia millonaria?

–Nunca se tienen demasiadas copas –dijo Luke, con una sonrisa conspiradora–. ¿Estás bien, Melanie?

–Sí, claro.

Aunque no era verdad. Se sentía tensa y notaba frío bajo la falda. Habían jugado con fuego.

–Sera mejor que vaya a ver qué quiere mi padre –Luke le dio un rápido beso antes de desaparecer.

–¿Te gusta leer, Melanie? –le preguntó Elizabeth en cuanto su hijo desapareció.

–Sí, mucho, cuando tengo tiempo.

La madre de Luke la llevó a la biblioteca.

–Tenemos una gran colección de libros. Si quieres llevarte alguno prestado, no hay ningún problema.

Todos eran ediciones fabulosas, forrados en piel.

–¿Poesía?

¿Blake, Browning? Melanie negó con la cabeza.

–Me temo que no.

–¿Algún autor en particular? ¿Algún género?

Melanie negó con la cabeza.

–Cualquier cosa que tenga una trama original para olvidar lo que veo en el hospital a diario.

La madre de Luke asintió con la cabeza, mirando las estanterías.

–Estos son libros de Colin o de su familia, a mí me gustan las novelas románticas –Elizabeth se dirigió a un antiguo escritorio y sacó un montón de viejas novelas.

Melanie estudió las portadas: paisajes de ensueño, mujeres guapas con ropa interior sexy sobre sabanas de satén. Hombres guapos de anchos hombros y ojos brillantes.

–Esta es una de mis autoras favoritas.

–También a ti te gustan los finales felices.

–Sí –respondió Melanie, con un nudo en el estómago porque

sabía que no habría un final feliz en su futuro. No había sitio allí para ella entre primeras ediciones y copas de cristal francés-. Pero es una fantasía. La vida real no es así.

-No, es verdad -asintió Elizabeth-. Y Luke... en fin, parece muy duro, pero en el fondo no lo es.

Un hombre dulce envuelto en chocolate oscuro, Melanie lo sabía.

-Lo sé.

-Se ha convertido en un experto en esconder sus emociones - siguió Elizabeth- pero contigo... es evidente lo que siente por ti. Puede que no me haya dicho nada, pero sé que temía que no vinieras y yo... en fin, soy su madre y no quiero que nadie le haga daño.

Una leona defendiendo a su cachorro.

-Lo entiendo. Tampoco yo -dijo Melanie.

¿Y tu marido?, le gustaría preguntar. ¿Qué pensaría Luke si supiera que su padre se había negado a ponerlos en contacto cinco años antes, que le había robado la oportunidad de saber de su embarazo?

-Luke y yo somos buenos amigos, los dos entendemos y valoramos nuestra relación.

Elizabeth asintió, como satisfecha con la respuesta.

-¿Y tú, Melanie? Entiendo lo duro que debió ser perder a tus padres.

-Lo fue, sí.

-Tu madre era una empleada leal y tú también has trabajado mucho para llegar donde estás.

-Así es.

«¿Y tú cómo vas a entender eso?».

Elizabeth pareció leer sus pensamientos porque sus ojos azules se nublaron.

-Mi padre era empleado de una fábrica, mi madre planchaba para una empresa -su voz era firme, seria, como si estuviera orgullosa de ello-. Trabajaron mucho durante toda su vida hasta que mi padre murió de un infarto, dejando a mi madre con dos hijos.

Melanie se quedó completamente sorprendida.

-Lo siento, no lo sabía -murmuró. Porque Luke no se lo había

contado-. ¿Cómo conociste a tu marido?

-Trabajaba como cajera en su primer restaurante y luego, cuando empezó a tener éxito, me llevó a la oficina como ayudante personal -los recuerdos suavizaron el tono de Elizabeth-. En fin, todo eso fue hace mucho tiempo. ¿Qué tal si salvamos a mi hijo de esa aburrida reunión?

Luke le abrió la puerta del coche, notando su perfume e intentando no dejarse llevar.

-Deja que vaya a tu casa cuando termine aquí.

-No, esta noche no. Mi turno empieza a primera hora y tengo que dormir algo.

-Te dejaré dormir, lo prometo -le susurró Luke al oído.

-No, imposible -dijo ella, riendo-. No confío en ti ni en mí misma.

-En ese caso, me quedaré aquí esta noche y empezaré a recoger mi habitación. Si cambias de opinión a las tres de la mañana...

Melanie sonrió.

-Nos vemos el sábado por la tarde.

-En la fiesta maternal de Carissa.

-Tienes que hacerle compañía a Ben.

-Pero si apenas lo conozco -protestó Luke.

-Pues entonces será una oportunidad para conocerlo.



## Capítulo Diez

El viernes, Luke terminó ayudando a su madre a descolgar las cortinas y a quitar las alfombras. Tenían muchos empleados, pero a su madre le gustaba hacerlo personalmente. Su madre nunca había olvidado sus raíces y, de vez en cuando, volvía a ser la que había sido antes de casarse con su padre.

Al día siguiente tendría que acudir a la fiesta que Melanie había organizado para su hermana Carissa, que estaba a punto de tener un bebé.

Normalmente no le importaba ser el único hombre en una habitación llena de mujeres, pero no cuando esas mujeres parecían peligrosamente a punto de ponerse de parto...

–¿Mel no ha llegado aún? –preguntó Luke, aceptando la cerveza que le ofrecía una mujer... ¿Sophie? ¿Sylvie?

–No –dijo Sophie/Sylvie con una sonrisa-. ¿Quieres esperarla en el salón?

–Se supone que salía de trabajar a la siete –dijo Carissa-. Llegará enseguida, no te preocupes.

–¿Ha trabajado anoche y esta mañana? Estará agotada –dijo Luke, sorprendido de que el hospital permitiera eso y mirando hacia la puerta para ver si llegaba Ben o algún otro hombre.

Como si su deseo le hubiera sido concedido, Ben apareció en ese momento.

–¿Te encuentras bien, cariño? ¿No has tenido más contracciones?

–No, estoy bien –respondió Carissa-. No te preocupes por mí.

–Hola, Luke. Ven conmigo.

Luke, que estaba deseando salir de allí, siguió a Ben hasta el jardín.

–Muy bonito –comentó, mirando los árboles frutales y los eucaliptos.

–Será estupendo para los niños –dijo Ben.

–¿Piensas tener más de uno? –le preguntó Luke, sorprendido. Ben Jamieson había sido una leyenda de la música rock y no lo imaginaba como un hombre familiar.

–Desde luego que sí. Queremos tener al menos tres.

–Vaya –Luke tuvo que disimular un escalofrío al imaginar a Melanie embarazada.

Sacudió la cabeza mientras tomaba un trago de cerveza para mojar su reseca garganta. Pero Melanie no era precisamente maternal. Era soltera y estaba encantada, ella misma lo había dicho. ¿Y no se lo había demostrado siempre?

–¿Cómo puedes soportarlo?

–¿A qué te refieres? –preguntó Ben.

–Ver a tu mujer así y saber lo que va a pasar.

Ben se puso serio de repente.

–No estaba a su lado cuando perdió a nuestro primer hijo, así que es la primera vez para mí, pero verlo crecer dentro de ella, ver los progresos del bebé... de verdad es una experiencia que no me perdería por nada del mundo.

Luke asintió con la cabeza, aunque todo aquello era territorio extraño para él.

–Carissa está encantada –siguió Ben–. Bueno, casi todo el tiempo. Ahora que solo quedan dos semanas es más difícil, porque le cuesta moverse, pero las mujeres lo aguantan todo. Están hechas para eso y nunca la había visto más guapa. No puedo dejar de tocarla, ¿sabes?

No, Luke no lo sabía y no quería saberlo.

–A mí me da pánico.

–Cuando encuentres una mujer con la que quieras pasar el resto de tu vida cambiarás de opinión. El miedo es algo natural, como es natural que no quieras ver a la mujer de tu vida sufriendo, pero querrás compartir a ese hijo, querrás esa conexión.

–Tendré que aceptar tu palabra –intentó bromear Luke–. Bueno, cuéntame, ¿qué es eso? –le preguntó, señalando una construcción de madera en medio del jardín.

–Algún día será una casita en el árbol para el niño.

–Un poco pronto, ¿no?

–Eso me han dicho –Ben tomó un trago de cerveza–. De niño siempre quise tener una, pero a mi padre le daba igual. En fin,

seguramente me hará más ilusión a mí que al niño.

Luke miró a Ben con interés. A juzgar por su tono amargo, no se había llevado bien con su padre.

–Bueno, si Carissa te echa de casa siempre podrías dormir allí. Ben soltó una carcajada.

–Espero que no. Tengo la intención de ser un buen padre.

¿Qué era ser un buen padre?, se preguntó Luke a sí mismo. ¿Estaba juzgando al suyo de manera injusta? ¿Las presiones de su padre serían solo por motivos egoístas?

–¿Mel y tú tenéis planes? –le preguntó Ben.

¿Planes? Mel vivía el momento, no hacía planes. Luke se encogió de hombros, extrañamente incómodo con una pregunta que lo hacía sentir... dolido, solo.

–Ya conoces a Mel.

–Sí, desde luego. Es divertida, pero adicta al hospital. Trabaja tantas horas que no tiene tiempo para pasarlo bien.

–Bueno, encontramos algún rato para hacerlo.

Luke recordó la última vez, en la biblioteca de sus padres. Oh, sí, claro que lo pasaban bien.

¿Pero era eso suficiente?

No tuvo tiempo de seguir pensando porque Mel apareció de repente con un plato de magdalenas.

Su corazón dio un vuelco al verla con unas botas rojas, una falda vaquera y un jersey rojo con lunares amarillos. Era como un rayo de sol en un día de invierno.

–Has venido.

–Por supuesto. No iba a perderme la fiesta de tu hermana.

–Qué bien. Acabo de hacer magdalenas y si no os traigo unas cuantos esos buitres las devorarán todas. Melanie le ofreció la bandeja.

–Estábamos hablando de pasarlo bien –dijo Luke, tomando una magdalena–. Ben y yo estamos de acuerdo en que tú nunca tienes tiempo libre.

–Podemos pasarlo bien más tarde –dijo Melanie–. Ahora tengo que ofrecer magdalenas a las demás.

–¿Era así cuando os conocisteis? –le preguntó Ben cuando se quedaron solos.

–Sí –respondió Luke–. Llena de energía hasta que cae al suelo

de agotamiento.

–¿Seguro que no quieres más vino? –Ben le ofreció una botella de Merlot, pero Luke tapó su copa con la mano.

–No, gracias. Tengo que conducir.

La fiesta había terminado una hora antes. Solo quedaban Melanie y Luke y no pensaba irse sin ella.

–¿Tú tampoco quieres, Mel?

–No, gracias.

–El vino es estupendo y me ha costado un dineral, no me digáis que voy a tener que tirarlo.

–Lo siento, si bebo más no llegaré a casa –dijo Mel.

Luke quería llegar a casa para meterse en la cama con ella.

–Yo conduciré.

–Estupendo –Melanie esbozó una sonrisa cargada de promesas.

Su casa o la de ella, daba igual. La dejaría dormir el tiempo que quisiera porque cuando despertase la quería ansiosa por él. De hecho, estaba prácticamente salivando.

–¿Carrie, cómo estás?

–Bien –Carissa sonrió mientras miraba el reloj.

–¿Por qué miras tanto el reloj?

–No es nada, unas contracciones...

–¿Contracciones? –Luke sintió que el pulso se le aceleraba.

Ben llegó a su lado en un segundo para ponerle una mano en el abdomen a su mujer.

–Cariño, ¿necesitas algo?

–Estoy bien, de verdad. No pasa nada, no te asustes. Las contracciones no son dolorosas y no significan que me haya puesto de parto.

–Por favor, no digas esa palabra –Luke tuvo que apartar la mirada.

–No sabía que fueses tan cobarde.

–¿Cada cuánto tiempo tienes esas contracciones? –preguntó Melanie.

–Cada... no sé, ocho minutos.

–Si empiezan a ser más frecuentes, dímelo. ¿Quieres que llamemos al hospital?

–No me pondré de parto hasta dentro de doce días.

–Eso es lo que te ha dicho el médico, cariño, pero es habitual

que los partos se adelanten. Ven, siéntate en el sofá, ponte cómoda.

–Si me siento no podré volver a levantarme.

–Ben te ayudará, los hombres tienen que servir para algo. Además, esto es culpa suya.

Carissa sonrió a su marido mientras se dejaba caer en el sofá.

–Levanta los pies.

Luke vio a Melanie dándole un masaje a su hermana en las piernas.

–¿Has visto lo que Melanie le ha comprado al bebé, Ben? –

Carissa señaló una cesta encima del piano–. Es el trajecito más bonito que he visto nunca. Y el koala de peluche es precioso.

–Rojo, por supuesto –Ben sonrió.

–Mi color favorito... ¿Carrie, qué pasa?

–Necesito... Ben, ayúdame, creo que...

–¡Carrie!

–Creo que acabo de romper aguas –Carissa dejó escapar un gemido mientras apretaba la mano de su hermana.

Y Luke sintió que se quedaba sin sangre.

–Ben, llama al hospital y diles que vamos para allá. ¿Cada cuánto son las contracciones, Carrie?

–Dos minutos... un minuto. Antes no me dolían y pensé que... ¡ay!

–Ben, cambio de planes. Llama a una ambulancia.

\*\*\*

Unos minutos después, por fin, llegó la ambulancia. Melanie podría haber llorado de alivio. Ben subió con su mujer y, de repente, después de la conmoción, todo quedó en silencio.

–Bueno... –Melanie se volvió hacia Luke, apoyado en la pared, pálido–. Pobrecito, lo estás pasando fatal.

Él hizo una mueca, herido en su orgullo, con un gesto que la enterneció.

–Vamos al hospital.

Pasaron varias horas antes de que Luke y ella pudiesen entrar en la habitación de Carissa.

Melanie vio a su hermana sentada en la cama, con un recién nacido en los brazos y los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Y ella también se sentía feliz, a pesar del poso de tristeza al que ya se

había acostumbrado.

–Hola –susurró.

Carissa la miró con los ojos brillantes.

–Hola, cariño.

Ben no dejaba de mirar a su mujer y a su hijo.

–¿Cómo estás?

–Ven aquí ahora mismo –dijo su hermana.

Melanie se acercó para abrazar a su hermana y mirar a aquel pequeño milagro en sus brazos.

–Has estado a punto de nacer en casa, precioso.

–Pero todo ha salido bien.

–Tenemos un hijo –dijo Ben, con voz ronca, acariciando el pelito oscuro del bebé.

Ver a un hombre tan grande derritiéndose por una cosita tan pequeña hizo que a Melanie se le encogiese el corazón. Y pensar en Luke abrazando a un bebé la dejó sin aliento.

–Te presento a Robert Baxter Jamieson.

–Luke, ven.

Estaba en la puerta de la habitación y, por un momento, le pareció ver algo en su expresión... ¿felicidad, esperanza, tristeza?

Las mismas emociones que ella experimentaba. Le gustaría hablarle de sus penas, de sus esperanzas de futuro... un futuro con él. Pero la alegría de aquel nacimiento haría más triste para él saber de su propia pérdida.

Luke vaciló.

–Este es un momento para la familia.

–Tú eres parte de esto –dijo Melanie–. Ven a conocer a mi sobrino.

–Enhorabuena, chicos –dijo Luke con voz ronca mientras tocaba la diminuta cabecita.

–¿A que tiene unos ojos preciosos?

–Y dedos de pianista –bromeó Melanie.

La celebración duró cinco minutos, hasta que entró una enfermera para comprobar si todo iba bien; esa fue la señal para que Melanie y Luke salieran de la habitación.

En cuanto entraron en casa, Melanie se dejó caer en el sofá. Su cerebro no parecía funcionar. No había dormido en veinticuatro horas y estaba flotando en una especie de euforia. Era tía y, lo más

maravilloso, Carissa era madre por fin.

–Vamos, Mel, es hora de dormir.

Luke estaba apoyado en la puerta, pero no era deseo lo que había en sus ojos. Aunque estaba agotada, seguramente no habría podido negarle nada porque esa noche lo necesitaba desesperadamente. Pero en sus ojos había algo profundo, respeto tal vez. ¿Por las madres, por las enfermeras o era sencillamente por ella, Melanie Sawyer?

–¿No es maravilloso? Un hijo.

–No sé cómo lo hacen las mujeres. ¿Por qué sufrís de ese modo? Es como si no os importara.

–Por amor, Luke.

–Yo no creo que pudiera soportar verte a ti... si alguna vez te dejase embarazada.

Sus palabras fueron como un puñal en el corazón. ¿Por qué había tenido que decir eso?

Sin embargo, entendió entonces que lo amaba con todo su corazón. Por fin admitía la verdad, lo que siempre había sabido, por qué nunca había habido nadie para ella más que ese hombre que buscaba sus ojos con tanta ternura.

No había sido sincera con él. Debería haber insistido, haber vuelto a escribir. Debería haber sabido que Luke no era la clase de hombre que abandonaría a un hijo suyo sin decir una palabra, aunque esa palabra fuera de rechazo.

Aunque hubiese rechazado una relación, la habría ayudado... al menos económicamente.

Lo había juzgado mal y, por eso, le había negado la oportunidad.

–Estás llorando –Luke se secó las lágrimas con las yemas de los dedos.

–No estoy llorando.

Pero maldita fuera, quería seguir haciéndolo.

–Estás agotada, tienes que irte a la cama –Luke la tomó en brazos y buscó sus labios en un beso suave, comprensivo.

No, él no comprendía porque no sabía lo que había pasado. Tenía que contárselo, esa misma noche, pero antes tenía que demostrarle cuánto lo amaba.

La habitación estaba a oscuras mientras apartaba el edredón y

la tumbaba sobre las sábanas, la luz de la luna entrando por la ventana, la brisa moviendo las cortinas de encaje.

Había luz suficiente para verlo mientras se quitaba la ropa sin decir nada. Los dos sabían sin decir una palabra que iba a quedarse.

Era tan hermoso, un hombre perfectamente proporcionado en todos los sentidos. A la luz de la luna sus duros contornos masculinos parecían los de una estatua griega.

–Melanie –susurró mientras le quitaba el jersey y la falda–. ¿Morado? –Luke sonrió mientras le quitaba el conjunto de ropa interior.

–Rojo –dijo ella.

–Hazme el amor –susurró, deseando estar piel con piel, corazón con corazón, sabiendo que todo había cambiado y que pronto volvería a hacerlo.

Esa noche era diferente. Para él, para ella.

–¿No estás cansada?

–¿Después de ver ese milagro? –Melanie negó con la cabeza–. No, no estoy cansada, estoy eufórica.

Luke tomó sus manos, enredando los dedos con los suyos.

–Eres asombrosa. Lo he dicho otras veces, pero ahora más, mucho más –murmuró, besándole las muñecas–. Voy a besarte hasta que no quede un centímetro de tu piel que no haya probado.

Melanie gimió mientras besaba su cuello, sus pechos. ¿Notaría que estaba temblando? ¿Podría oír cómo su corazón latía mientras trazaba sus hombros con los dedos?

Se le puso la piel de gallina mientras le besaba las rodillas, los tobillos, los dedos de los pies... para luego seguir hacia arriba.

Mientras se colocaba entre sus piernas Luke la miró a los ojos y en ellos Melanie vio algo profundo, real, sincero. El corazón se le hinchó de amor, temblando cuando él inclinó la cabeza casi con reverencia.

De rodillas sobre ella, con sus atributos iluminados por la luz de la luna, era la perfección que había admirado la primera mañana, cuando volvió a su vida. Pero en aquel momento podía tocarlo, amarlo.

Luke se inclinó sobre ella para acariciarla con los labios y sus lenguas se encontraron en un tango de ricas texturas hasta que



besarse no era suficiente.

Unos segundos después lo recibió en su interior, dejando escapar un suspiro de alivio, de placer. Se sentía completa y arqueó las caderas hacia arriba para recibirlo profundamente, tanto que parecía como si estuviera tocando cada célula de su cuerpo.

Nunca se habían amado así antes, disfrutando de cada caricia, absorbiendo cada suspiro, saboreando el momento como si fuera el último. El tiempo se detuvo, se volvió irrelevante.

–Mírame –murmuró Luke–. Quiero ver esos ojos de plata hasta el final.

Melanie abrió los ojos y se encontró con los suyos, oscuros, cargados de pasión. También Luke experimentaba esa sensación maravillosa, la magia que hacían juntos.

Algo más fuerte que el magnetismo, que la atracción, los unía, pensó Luke. Su piel brillaba bajo sus dedos. No era la luna, era Melanie brillando por dentro.

La vio abrirse como una flor mientras se enterraba profundamente en su oscuro terciopelo y se apartaba despacio, deliberadamente, para volver a entrar con más fuerza.

Temblaba de deseo, pero contuvo el gemido que amenazaba con escapar de su garganta. Quería ir despacio, hacerla disfrutar.

Y eso le dio tiempo para descubrir cosas nuevas. Por ejemplo, cómo gemía de placer cuando le acariciaba las rodillas o cómo suspiraba cuando usaba los dedos o los labios sobre alguna de sus zonas erógenas.

Hasta que se hundió en ella por última vez, viendo cómo los ojos se le oscurecían mientras se dejaba ir.

–Luke –susurró.

–Nada de hablar. Duerme.

–Tenemos que hablar. Debo contarte algo.

Luke le puso un dedo en los labios.

–Lo que quieras decirme puede esperar hasta mañana.

–Pero...

–No.

Un minuto después la oyó respirar suavemente. Y, sin embargo, cuando la había mirado a los ojos antes había visto una extraña vulnerabilidad, algo la perturbaba. Pero fuera lo que fuera, podía

esperar hasta el día siguiente.

Fuera lo que fuera, él la ayudaría a superarlo.

El ruido de la lluvia golpeando el cristal de la ventana despertó a Luke, pero Melanie seguía dormida.

Un día estupendo para quedarse en la cama, pensó, girando la cabeza para mirarla a placer.

Tenía los ojos cerrados, el cabello despeinado sobre la almohada, el ceño fruncido como si estuviera salvando pacientes en sueños. O luchando contra demonios, pensó, recordando que la noche anterior le había dicho que quería hablar.

De repente, Melanie levantó un brazo, golpeándolo en la nariz. Muy típico de ella. Nunca se quedaba quieta durante demasiado tiempo. De hecho, era sombrero que hubiese dormido de un tirón sin dar vueltas y vueltas en la cama.

«Abajo, chico», le ordenó a su rebelde miembro. Hora de dormir, nada de sexo. Pero no pudo resistir la tentación de apartar un poco el edredón para ver cómo sus pechos subían y bajaban suavemente, los pezones de color chocolate a la luz del amanecer.

Muy bien, opción uno: podía quedarse allí y torturarse a sí mismo mirándola; y opción dos: podía irse a casa para sacar las cosas de las cajas y volver unas horas más tarde con el desayuno.

Luego, por la tarde, le demostraría a Melanie lo que era pasar el día en la cama... ah, no, ella querría ir a visitar a Carissa y al pequeño Robert Baxter Jamieson. Podían ir juntos, pensó, saltando de la cama. También él quería ver si el pequeñajo había cambiado desde el día anterior.

De repente, empezó a pensar en niños y familias. Y Mel.

Sonriendo, se acercó a la cama y le apartó el pelo de la cara. Y su corazón se llenó de... algo grande. Algo tan grande que tuvo que salir de la habitación para respirar. Había intentado ignorar esos sentimientos porque Melanie no quería nada permanente, lo había dejado bien claro.

Luke salió de la casa y cerró la puerta tras él. Tal vez era hora de hacer que cambiase de opinión.

De vuelta en su apartamento empezó a sacar cosas de las cajas,

cosas de su antigua vida, pensó, mirando viejos papeles y revistas.

Había cartas con sus diferentes direcciones escritas con la letra de su padre, cartas de cinco años atrás: un recordatorio del dentista, la suscripción a una revista, una carta sin remite. Luke abrió el sobre y en cuanto sacó la hoja de papel de inmediato reconoció la letra.

Era una carta de Melanie.

Leyó la primera línea y tuvo que parpadear varias veces, incrédulo: »Luke, estoy embarazada...».

Las letras se mezclaban y no pudo seguir leyendo. Incapaz de seguir sujetando el papel, la carta cayó al suelo. No tenía fuerzas, no podía respirar, su corazón latía como si quisiera salirse del pecho.

No podía ser.

Mel había estado embarazada.

De él.

Y en alguna parte de su cerebro, la única que seguía funcionando, se formuló una pregunta: ¿dónde estaba el niño?

## Capítulo Once

Un ruido la despertó; un golpeteo insistente que, por fin, hizo que abriese los ojos. Alguien llamaba a la puerta y Luke no estaba a su lado en la cama. Apartándose el pelo de la cara, Melanie miró el despertador sobre la mesilla. ¡Las once cuarenta y cinco! Nerviosa, se vistió a toda prisa.

–¡Ya voy!

Abrió la puerta y tuvo que guiñar los ojos para evitar el sol.

–Ah, hola, Luke... ¿dónde estabas? Tengo que hacerte una llave...

No terminó la frase al ver que tenía los puños apretados y el ceño fruncido

–¿Qué pasa?

–¿Qué ha sido de nuestro hijo?

Durante un segundo Melanie solo pudo mirarlo en silencio, atónita. Luego, de repente, se quedó sin oxígeno, las rodillas le temblaban.

¿Cómo se había enterado?

–Iba a contártelo anoche –dijo por fin.

Intentó hablar de nuevo, pero lo único que salió de su garganta fue un patético gemido, el sonido de su corazón rompiéndose en pedazos.

–Estabas embarazada, Melanie... he encontrado una carta tuya en una caja. Mi padre olvidó enviármela.

Ella negó con la cabeza.

–Yo no...

–¿Cuando no respondí decidiste que era demasiado difícil? ¿Que un hijo, nuestro hijo, sería una molestia?

Mel lo miró, horrorizada y furiosa. Después de tanto dolor, de tanta angustia...

–¿Cómo te atreves a pensar eso? Tú no estabas aquí. No tienes idea de lo que sentí, no sabes lo que es estar sola y embarazada. Pero no, no aborté.

Luke dejó escapar un largo suspiro. Sabía que estaba portándose como un idiota, pero no era capaz de controlarse.

Sacudiendo la cabeza, Melanie fue al dormitorio. Notó que Luke iba tras ella, pero no se volvió.

–Estás temblando como una hoja. Siéntate –dijo él por fin, tomándola por la cintura–. Perdona, no sé qué me ha pasado... no sabía qué pensar.

Ella se apartó.

–Deberías haberlo imaginado.

–Cuéntame qué pasó.

Melanie cerró los ojos.

–Sufrí un aborto espontáneo en el segundo trimestre. Estaba llevando una bandeja con copas y resbalé en un charco de agua...

–¿Estabas trabajando? –exclamó Luke.

–Sí, Luke, estaba trabajando como millones de mujeres embarazadas –Melanie suspiró. No iba a entenderlo, nunca entendería lo que era tener que trabajar para sobrevivir–. No tenía opción, necesitaba el dinero.

Luke apretó su mano y ese simple gesto amenazó con romper el dique de sus lágrimas, de modo que apartó la mirada.

–Vamos a dar un paseo –sugirió.

Salieron de la casa sin decir una palabra y se dirigieron a un parque cercano. Pasearon durante cinco minutos.

–No me lo contaste hace cinco años.

–Lo intenté, Luke.

–Pero llevamos juntos varias semanas y no me habías dicho nada.

–Quería decírtelo, de verdad. Iba a hacerlo, estaba esperando el momento.

–¿No sabes que hubiera vuelto por ti?

Ella negó con la cabeza.

–¿Por qué iba a pensar eso? Aceptaste el trabajo sin pensar en mí. No me incluiste en tus planes.

–¿Qué? Tú tenías tanta prisa por marcharte esa última noche que apenas tuve tiempo de vestirme, y menos preguntarte si querías arriesgarte a venir conmigo –Luke golpeó el tronco de un árbol–. ¿Y qué hacemos ahora, Melanie?

No parecía esperar una respuesta y no la recibió porque ella no

sabía qué decir.

Volvieron a casa en silencio. Mel casi esperaba que la dejase en la puerta y se fuera, pero la acompañó al interior. Se quedaron de pie en medio del salón como dos extraños. Le temblaban los labios, pero se los mordió para disimular. Lo había perdido. Aunque nunca había sido suyo en realidad. Luke Delaney, el hijo del millonario, y la hija de una empleada de su padre.

No le dijo adiós. Sencillamente se dio la vuelta y salió de la casa sin decir nada, cerrando la puerta a su relación. Su relación sin compromisos.

¿Por qué iba a esperar otra cosa?

Apretando la carta de Melanie, Luke entró en su antigua casa y se dirigió al cenador del jardín, donde sus padres solían pasar las tardes.

Encontró a su padre dormitando en un sillón, con el periódico sobre las rodillas, las gafas deslizándosele por el puente de la nariz.

—¿Dónde está mamá? Tengo que hablar con los dos.

Su padre abrió los ojos.

—Hola, hijo. Tu madre ha ido a comer con sus amigas y no volverá hasta más tarde. ¿Qué pasa? Pareces enfadado.

Lo estaba.

Luke le mostró la carta.

—Esta carta es de Melanie, la escribió hace cinco años. Estaba en una caja con la correspondencia que no me enviaste nunca.

Su padre se colocó las gafas en el puente de la nariz y dobló el periódico.

—Lo siento, Luke. ¿Era algo importante?

—Yo diría que sí. Melanie dice que intentó ponerse en contacto conmigo... ¿llamó a casa alguna vez?

Su padre hizo una mueca.

—Sí, llamó en una ocasión.

Luke apretó los dientes.

—¿Y no le diste mi nueva dirección? —le preguntó, intentando no levantar la voz—. ¿O mi nuevo número de teléfono, el correo electrónico? ¿No le dijiste dónde estaba?

—No quería que una camarera te robase la concentración, hijo. Estabas empezando tu carrera y quería que tuvieras éxito. Sé que

ahora tiene una nueva vida...

–¿Y no se te ocurrió preguntarme a mí? –lo interrumpió Luke, dando un paso adelante–. Tú ni siquiera querías que estudiase ingeniería geológica. Me querías aquí para que fuera tu sombra.

Colin Delaney frunció el ceño.

–No, eso no es verdad. Yo...

–¿Sabes lo que has hecho, papá? –Luke arrugó la carta y la tiró al suelo, a sus pies–. Le diste la espalda a Melanie cuando estaba embarazada.

Él palideció, pero, tan testarudo como siempre, replicó:

–¿Me estás diciendo que intentó atraparte con esa vieja engañifa?

–Te estoy diciendo que sufrió un aborto. Un aborto que yo podría haber impedido de haber estado a su lado –Luke intentó llevar oxígeno a sus pulmones–. Entiendo que pudieras haber olvidado la carta, pero esa llamada de teléfono... la trataste como si no fuera nadie y era alguien, papá. Alguien que me importaba mucho, alguien que me sigue importando. Melanie estaba sola, embarazada de un hijo mío. Era mi responsabilidad.

–Pero yo...

–Lo que hiciste podría haberte costado tu única oportunidad de ser abuelo –lo interrumpió Luke, golpeando el quicio de la puerta antes de salir.

Ver a Luke en la puerta de su casa cuando se había ido un par de horas antes fue una sorpresa para Melanie.

No quería escuchar esa voz que la noche anterior había murmurado que iba a besarla por todas partes... y lo había hecho.

–Voy a ver a Carissa y al niño –le dijo.

Pero Luke no dio un paso atrás.

–Yo también pensaba pasar por el hospital para ver a Carissa.

Melanie no intentó leer su expresión ni entender por qué parecía tan ansioso por hablar con ella.

–Quiero ver a mi hermana a solas.

–Muy bien, de acuerdo –dijo Luke, cerrando la puerta tras él–. Pero antes quiero que me escuches. Tengo algo que decirte.

Estaba tan cerca que podía notar el calor de su cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo disimulando la emoción.

–Te pregunté si habías llamado a casa de mis padres y me dijiste que no.

Melanie apretó las llaves.

–No me lo preguntaste directamente, no con esas palabras. Sugeriste que podría haber llamado.

–Y tú no dijiste nada –dijo él, claramente agitado–. ¿Por qué no me lo dijiste, Mel?

–No tenía sentido, ya que no iba a cambiar nada –respondió ella.

–¿Cómo que no?

–Estabas intentando volver a conectar con tus padres después de cinco años y yo no quería interferir. Además, todo eso fue hace mucho tiempo, y entonces nuestra relación no era nada serio.

–Sí, lo sé. Eres soltera y te encanta, me lo has dicho muchas veces –Luke sacudió la cabeza–. No lo entiendes, ¿verdad? Yo no quiero algo temporal, quiero una familia.

El corazón de Melanie se derritió, pero intentó disimular.

–Yo también quiero una familia –susurró.

Luke la miró con cara de sorpresa.

–Pero también quiero a alguien que sea sincero conmigo, alguien que no guarde secretos, por duro que sea contarlos, y tú me ocultaste información, Mel. Primero sobre nuestro embarazo... Y luego sobre la llamada a mi padre –tuvo que hacer una pausa, suspirando como si hubiera perdido una batalla–. Somos demasiado diferentes, Melanie.

Después de decir eso salió de la casa y cerró la puerta.

Apoyándose en la pared, Mel oyó que arrancaba el coche y esperó hasta que el ruido se perdió al final de la calle.

Entonces, algo en el suelo llamó su atención... un papel doblado. Debía haber caído del bolsillo de la chaqueta de Luke, pensó. Era una lista de cosas que hacer.

Confirmado: 5 de agosto a las seis.

Sacar el esmoquin.

Llamar a Eleanor.

Ir a buscarla.

En diez días, Luke acudiría a un evento con su antigua novia de apellido aristocrático. Sabiendo que era su cumpleaños. Porque lo



sabía.

Agosto 5, cumpleaños de Melanie.

Mel arrugó la nota con los dientes apretados de rabia y decepción.

Y él hablaba de sinceridad. ¡Ella le mostraría sinceridad! Después de ir a ver a Carissa le haría una visita.

Carissa estaba en la cama, con Robert dormido en sus brazos mientras Ben los miraba con gesto protector. Un montón de globos de helio atados a los pies de la cama alegraban la habitación.

–¡Hola! –el corazón de Melanie se encogió ante aquella hermosa imagen familiar–. Tienes mejor cara, Carrie –dijo, inclinándose para besar a su hermana–. Pero la próxima vez no lo dejes para tan tarde, si no te importa.

–¿La próxima vez?

–Yo estaba de los nervios y Luke... –solo mencionar su nombre la llenaba de un anhelo amargo y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir sonriendo.

–Estaba blanco cuando se marchó –dijo Ben.

–Y tú también, si no recuerdo mal –replicó Carissa, mirando a su hijo–. Es precioso, ¿verdad?

–¿Puedo tomarlo en brazos un momento? –preguntó Melanie.

–Sí, claro.

Mel tomó al bebé en brazos, con cuidado, admirando esos ojitos que la miraban directamente mientras se metía el puñito en la boca y empezaba a chuparlo.

–Qué preciosidad. Se parece a Ben.

Él se irguió, encantado.

–Eso es lo que dice mi mujer.

–Cariño, ¿te importa traerme algo de la cafetería? –le preguntó Carissa–. Y tómate tu tiempo.

–Muy bien, uno sabe cuando no es querido.

–Sobre Luke... –empezó a decir cuando se quedaron solas.

–No estábamos hablando de Luke.

–Pasó por aquí hace diez minutos. Él ha traído los globos y parecía tener prisa –dijo su hermana–. Tenía un aspecto horrible,

por cierto.

Melanie no quería contarle nada porque no era el momento, pero Carissa insistió y, al fin y al cabo, era su única familia y su mejor amiga.

–Hemos roto –dijo por fin–. Y esta vez se ha terminado de verdad.

Carissa frunció el ceño.

–¿Eso lo ha dicho él?

–No tenía que hacerlo –Melanie pensó en la nota que llevaba en el bolso–. Tengo que irme, cariño –dijo luego, besando a su hermana y su sobrino–. Vendré a verte mañana, lo prometo.

Melanie detuvo el coche frente al apartamento de Luke y salió del coche. Pero cuando iba a subir los escalones del portal volvió a ver a su vecina, doña perfecta, mirándola desde el balcón de al lado.

–Hola, ¿quería algo? Luke no está en casa.

Melanie frunció el ceño. ¿Cómo lo sabía? ¿Lo vigilaba?

–Se fue hace una hora –siguió la mujer–. Yo estaba sacando a Poochie cuando llegó un taxi y le oí decir que se iba al aeropuerto.

–Ah, gracias –la rabia de Melanie desapareció, reemplazada por una oleada de miedo.

¿Ese viaje era una reacción extrema a los eventos de aquel día o lo tenía planeado de antemano?

Mientras subía al coche dejó escapar un suspiro de angustia. Habían sido amantes menos de doce horas antes y había sentido algo especial entre ellos. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro. No eran solo amantes... habían compartido sus pensamientos, sus corazones.

Cuando llegó a casa vio la lucecita del contestador encendida y pulsó el botón con manos temblorosas.

–Mel, soy yo. Imagino que estarás con Carissa –Luke hizo una pausa–. Solo quería decirte que...

El mensaje se cortó de repente y Melanie tiró el teléfono al sofá. Había olvidado rebobinar la cinta y el mensaje se había cortado antes del final. Pero ya sabía lo que iba a decir, no tenía que escucharlo de nuevo.

Adiós.

Melanie iba sentada al lado de Adam mientras tomaban la autopista para salir de Sídney. Solo eran las cinco de la mañana, pero al menos alguien quería animarla y desearle un feliz cumpleaños.

Adam tenía una sorpresa para ella.

Melanie intentó concentrarse en el paisaje. Estaban cerca del parque Burragorang y la sorpresa de Adam era un viaje en globo. En cuanto llegaron al parque Melanie bajó del coche antes de que Adam pudiese quitar la llave del contacto.

–Tú sí que sabes organizar una sorpresa de cumpleaños.

–Hace un poquito de frío –dijo él, tomando una chaqueta de ante del asiento trasero–. Póntela.

–¿Es para mí? –Melanie acarició el ante, suave como una nube, con una capucha de piel–. Tú no puedes comprar una prenda tan cara y, aunque pudieses, no lo harías.

Adam se encogió de hombros.

–La he tomado prestada. No hagas preguntas, ¿de acuerdo?

–Pero es nueva. Aún tiene la etiqueta del precio...

Adam arrancó la etiqueta de un tirón y la guardó en el bolsillo.

–Póntela, venga. Ahí arriba hace un frío terrible.

–Mientras no sea robada –bromeó Melanie, mirándolo de reojo–. No lo es, ¿verdad?

–No, maldita sea. Venga.

–Estás muy raro... espera un momento. Esto no tendrá nada que ver con Luke, ¿verdad?

–¿No habéis roto?

–¿No puedes dejar que lo olvide?

–Eres tú quien ha sacado el tema. Por cierto, ¿quieres saber lo que pienso?

–No.

–Creo que estás enamorada de él.

Melanie se apartó, intentando contener las lágrimas.

–No te he preguntado lo que piensas. Es mi cumpleaños, así que vamos a pasarlo bien, ¿de acuerdo?

Melanie escuchó al jefe de la excursión mientras el grupo recibía información sobre el vuelo, pero a pesar de sus buenas intenciones no podía dejar de pensar en Luke y en ese evento que

tendría lugar por la noche.

Tardaron veinte minutos en inflar todos los globos, con algunos de los pasajeros ayudando... era una visión magnífica al amanecer: un globo azul y rojo, otro con cuadros amarillo, otro naranja y verde.

–Ese es el nuestro –dijo Adam, tomando su mano para dirigirse a un globo azul.

–Buenos días. Soy Jacob, su piloto durante la próxima hora –el hombre ayudó a Melanie a subir a bordo–. ¿Listos para nuestra aventura aérea? Va a ser la aventura de su vida.

Mejor eso que la montaña rusa con Luke. No, no iba a estropear el momento pensando en él.

Se volvió para hablar con Adam... pero Adam no estaba en la cesta sino en la hierba, con una sonrisa en los labios.

–Aquí es donde yo me despido.

–¿Qué?

De repente, un hombre se apartó del grupo para dirigirse al globo y el corazón a Melanie le dejó de latir durante una décima de segundo.

Luke.

–Buena suerte –oyó que decía Adam.

Luke caminaba a toda prisa hacia el globo.

Mientras la miraba, ella levantó una mano para llevársela al pecho. Esa tenía que ser una buena señal, ¿no? Significaba que su corazón se había acelerado también. Pero las señales que enviaba no auguraban nada bueno.

Daba igual. Luke solo quería llegar a ella, tocarla y hacer que lo escuchase. Solo eso lo empujaba.

Adam y él se cruzaron.

–Gracias, amigo, te debo una.

–Ve con ella, anda.

Luke saltó al interior de la cesta.

–Hola –dijo con voz ahogada.

En ese momento, el globo levantó el vuelo, pero Luke apenas se dio cuenta, concentrado como estaba en la mujer que tenía delante, el rostro levantado hacia el cielo, las mejillas rojas.

–Imagino que la chaqueta también es tuya –dijo Melanie, sin molestarse en saludarlo.

–No, es tuya.

Ella negó con la cabeza.

–Es demasiado elegante para mí. Le pega más a alguien que la lleve con estilo –dijo, sarcástica.

–Sé que estas últimas semanas no han sido fáciles, pero podemos hacerlo, Mel.

Ella volvió a negar con la cabeza. ¿Y cuando terminase qué pasaría?

–Te deseo –dijo Luke, tomando su mano–. Tu espontaneidad, tu energía. Estás llena de sorpresas. Contigo nunca sé lo que va a pasar de un minuto a otro.

Vio la profunda pasión en sus ojos, la sintió en el roce de su mano, la oyó en sus palabras. Pero le dolía el corazón como si él lo hubiera golpeado.

–No va a funcionar, Luke –le dijo, apartando la mano para que no notase que temblaba–. No sé si fue hace cinco años o hace cinco semanas, pero en algún momento me enamoré de ti. Sé que va contra las reglas y me duele demasiado.

–Mel...

Luke intentó tomar su mano de nuevo, pero ella se apartó.

–No me toques, por favor.

–Podemos hacer que funcione –dijo él en voz baja.

–Si no somos sinceros, nada puede funcionar. Tú mismo lo dijiste.

–Me equivoqué. Ahora me doy cuenta de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano para ponerte en contacto conmigo, para darme una oportunidad de ser parte de tu vida. Sé que no querías hacerme daño contándome la verdad sobre esa llamada de teléfono.

Mel apretó los dientes.

–¿Y tú? ¿Puedes decir que has sido sincero conmigo?

–No te entiendo.

–¿Ah, no? ¿Y la mujer con la que vas a salir esta noche? ¿Tu cita a las seis con Eleanor? He encontrado la lista, Luke. ¿Es uno de los cócteles de tu padre?

–¿Eleanor? –repitió él.

Y entonces, de repente, esbozó una sonrisa.

–La mujer con la que voy a salir esta noche es una mujer

guapísima que puede mezclarse con los mejores. Incluso tiene loco a mi padre. Y espero que celebremos nuestro compromiso hoy mismo.

La última frase, pronunciada con voz ronca, fue como un cuchillo en el corazón de Melanie. Todos sus sueños, sus esperanzas, sus deseos murieron en ese momento.

Atónita, vio que Luke se desabrochaba el abrigo, bajo que el llevaba un esmoquin. ¿Un esmoquin?

En ese momento, los primeros rayos del sol aparecieron en el horizonte, haciendo brillar sus ojos.

–La mujer a la que quiero es una mujer inteligente. Al menos yo siempre había pensado eso.

«¿La mujer a la que quiero?».

Melanie no se movió, no podía hacerlo. Su pulso latía acelerado y su mente eran un caos. ¿Era lo bastante valiente, lo bastante fuerte como para pensar que se había equivocado?

–Esto no va como yo había planeado, pero contigo debería haberlo esperado –dijo Luke, esbozando una sonrisa–. Deja de intentar analizar, Melanie, y escucha a tu corazón.

–Pero Eleanor... ibas a buscarla a las seis...

Él suspiró.

–Tu corazón, Mel –repitió, dando un paso adelante para no dejar espacio entre ellos y juntar sus pechos.

–No lo entiendo.

–Lo único que tienes que entender es que te quiero, Melanie Sawyer. Sí, somos diferentes y eso es lo que me gusta de nosotros. Nos complementamos el uno al otro, somos el yin y el yang. En cuanto al resto... Eleanor es la esposa de un famoso joyero, por eso tenía que llamarla, porque le he encargado el anillo.

–¿El anillo?

–El anillo, sí. Una promesa para la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Melanie se quedó sin aliento.

¿Un anillo? ¿El resto de su vida?

Luke se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un anillo que brillaba como el fuego.

–Espero que te gusten las amatistas y los diamantes amarillos. Cásate conmigo, Melanie.

Sus palabras brillaban en el aire como las piedras preciosas que le ofrecía. Las palabras que jamás había pensado escuchar de los labios de Luke Delaney.

–¿Lo dices en serio? –murmuró, su corazón volando como el globo mientras miraba esos ojos de color caramelo.

–Pues claro que hablo en serio.

–¿Pero tu carrera, tu padre?

–He decidido cambiar de carrera. Ya he estado suficiente tiempo fuera del país, lejos de la gente que más me importa. He pasado esta última semana tomando decisiones y voy a dedicarme al negocio hotelero con Ben, ya que espero que seamos cuñados. Y tú tienes tu propia carrera mientras quieras. En cuanto a mi padre... –Luke se inclinó para mirarla a los ojos–. Tú has hecho que cambie de opinión, cariño. Con tu personalidad, tu lealtad y tu honestidad. No lo denunciaste porque no querías hacerle quedar mal y él lo sabe. De hecho, ahora mismo está metiendo champán en un cubo de hielo para nosotros –Luke le levantó la cara con un dedo–. ¿Quieres compartir el resto de tu asombrosa vida conmigo?

Melanie tenía un nudo en la garganta y los ojos empañados.

–Sí –consiguió decir.

Vio cómo le ponía el anillo en el dedo y suspiró cuando los labios de Luke rozaron los suyos, apretándola contra su torso, acariciándole la cara. Sentía como si estuviera volando...

–Enhorabuena –una voz interrumpió el momento, recordándole la razón por la que experimentaba la sensación de volar.

Melanie sonrió a Jacob por encima del hombro.

–Gracias.

–Ahora que lo han solucionado todo pueden disfrutar de lo que queda del viaje y admirar la vista desde aquí.

–Gracias, Jacob –Luke sonrió también, acariciando el pelo de Melanie–. No es tan malo como había temido.

–Es maravilloso –dijo ella, apoyando la cara en su torso–. Mira, qué bonito –al oeste podían ver esa neblina azul que le daba nombre a las montañas. Al este, la ciudad de Sídney brillando al amanecer–. Siempre habías jurado que nada ni nadie te harían subir a un globo.

–Nadie más que tú –Luke se llevó su mano a los labios para besar el anillo–. Yo esperaba que el viento nos zarandease de un

lado a otro, pero es muy tranquilo.

–Porque estamos volando con la corriente, ¿verdad, Jacob?

–Así es –respondió el hombre.

Pronto estuvieron de nuevo en tierra firme, dirigiéndose hacia el jardín de una antigua mansión donde se serviría el desayuno con champán.

A lo lejos podía ver a los padres de Luke, Adam, Ben con Robert en brazos y Carissa.

Luke hizo un gesto de triunfo con los dedos y todos levantaron sus copas. Melanie se detuvo al ver que Colin Delaney se apartaba del grupo para dirigirse a ellos.

–Quiere hablar un momento contigo –dijo Luke–. Dale la oportunidad de disculparse –añadió, antes de alejarse.

Melanie se quedó sola con el hombre que tanto daño le había hecho. A la luz del sol parecía mayor y las arrugas alrededor de sus ojos y su boca denotaban cierto estrés.

Nunca olvidaría lo que había hecho, pero por Luke tendría que perdonarlo.

–Felicidades, Melanie.

El hombre tragó saliva antes de hablar.

–Lo siento, me equivoqué –dijo por fin, sacudiendo la cabeza–. Aquí estoy, un hombre a quien nunca le han faltado las palabras y no se me ocurre qué decir para arreglar esto.

–Acabas de hacerlo –respondió Melanie, dando el primer paso hacia su futuro suegro. Al fin y al cabo, iba a ser parte de la familia de Luke–. Podemos hablar de ello en otro momento. ¿Nos reunimos con los demás?

Caminaron juntos, en silencio. Tal vez algún día, pronto, pensó, podían charlar como una familia de verdad.

Carissa se apartó del grupo para abrazarla.

–Ha sido tan difícil guardar el secreto durante veinticuatro horas –le dijo.

Luke se acercó con una copa de champán en la mano.

–Feliz cumpleaños, cariño.

–Un cumpleaños que no olvidaré nunca.



Horas después, Melanie estaba con Luke en el spa, disfrutando del agua caliente después de un encuentro amoroso agotador.

–¿Otra copa de champán?

–Sí, por favor.

–He estado pensando... sé que a mi madre le encantaría organizar la boda. ¿Qué te parece?

–No sé, puede que yo sea menos tradicional de lo que a tus padres les gustaría.

–Ya le he advertido –dijo Luke–. Pero me ha dicho que hará lo que tú quieras.

–No te preocupes, no quiero nada raro.

–Tengo la impresión de que vamos a verlos a menudo –le advirtió él.

–Y espera a que lleguen los nietos –dijo Melanie sin pensar.

Luke se volvió hacia ella, sus ojos brillando como joyas.

–Tendremos hijos, Mel. Si eso es lo que quieres.

–Claro que quiero –murmuró ella, parpadeando para controlar las lágrimas.

–Bueno, entonces... –su tono serio se volvió travieso cuando ella metió la mano bajo el agua y descubrió que ya estaba preparado para la tarea.

–¿Tan pronto?

–¿Cómo que pronto? –Luke rio mientras tomaba una caja de preservativos que tiró al suelo sin miramientos–. No hace falta esperar al gran día, podemos empezar ahora mismo.

## Epílogo

Nueve meses después

El quirófano era austero, con paredes blancas y suelo de linóleo verde. Su rostro estaba probablemente del mismo color, pensó Luke, mientras apretaba la mano de Melanie. Los reflectores hacían que la habitación pareciese iluminada por luz natural mientras, tras la sábana verde, el cirujano preparaba la cesárea.

–¿Lista, Melanie? –le preguntó.

–Sí –respondió ella, calmada, con una sonrisa casi serena. Solo un brillo en sus ojos grises delataba su nerviosismo.

Luke se alegraba de que intentase esconder el miedo. ¿Cómo iba a estar tan tranquila cuando él estaba a punto de desmayarse?

–Voy a hacer la incisión –anunció el cirujano.

Luke sabía que él no podía sentirla, pero la sintió y se quedó sin sangre, apretando la mano de Mel mientras los médicos hacían su trabajo como cualquier otro día.

Pero aquel no era cualquier día; en unos momentos sería padre.

No sabía si estaba preparado para serlo. En fin, demasiado tarde. «No deberías haber tirado la caja de preservativos», le dijo una vocecita.

–Luke, cariño, ¿tienes la cámara preparada?

–Sí, aquí... en algún sitio.

–¿Quiere ver el parto, señor Delaney? –le preguntó alguien.

Luke hizo una mueca.

–No, gracias. Estoy bien aquí. Mi mujer... me necesita a su lado.

Melanie sonrió, apretándole la mano. Su inteligente esposa lo conocía bien.

Él la necesitaba a ella, no al revés. Melanie era fuerte, sexy inteligente. Era el color y la alegría en su vida. La mujer más hermosa que había conocido nunca, incluso en aquel momento, con la bata del hospital. Especialmente en ese momento.

Luke se hizo un juramento solemne a sí mismo y a Melanie: pasara lo que pasara estaría a su lado y al lado de sus hijos. Tenía mucho que aprender y cometería errores, como los había cometido su padre...

–Es un niño –una voz interrumpió sus pensamientos.

El corazón se le puso en la garganta.

–Un hijo.

–Y una hija. Enhorabuena a los dos. Un perfecto par de mellizos.

–Te quiero tanto, Mel –Luke se inclinó para buscar sus labios, aunque temía hacerle daño porque parecía muy frágil en la camilla–. Gracias.

–¿Quién quiere tomarlos en brazos? –preguntó otra voz.

Con los ojos empañados, Luke miró a una enfermera que sujetaba los dos bultitos.

–Yo.

La mujer le puso a uno de los bebés en los brazos.

–Esta es... Eliza, como su abuela. Y preciosa como su madre – Luke la colocó sobre el pecho de Melanie–. Así que tú tienes que ser Cameron –dijo luego, sujetando a su diminuto hijo, que movía los puñitos en el aire–. Ah, ya veo que tienes tanta energía como tu primo Robbie.

–Creo que Eliza se parece a mí –dijo Melanie dos días después, ya cómodamente instalados en casa, mirando a su hija dormida en la cuna mientras Luke paseaba por la habitación con Cameron en brazos.

–En ese caso, tendremos que encerrarla cuando cumpla los dieciséis años.

Melanie esbozó una sonrisa.

–Había dicho que quería volver a trabajar en un par de años, pero creo que mis días como enfermera van a tener que esperar. Quiero poner toda mi energía en criar a estos niños... y a los que puedan venir.

–¿Ya estás pensando en tener más hijos? –dijo Luke.

–Claro que sí, pero el proyecto Rainbow Road me necesita – respondió Melanie–. Puedo ayudar, intentar ampliarlo... siempre ha sido mi verdadera pasión.

Un gemido indicó que Cameron estaba harto del paseo y era hora de comer.

–Además, ahora tenemos fondos para hacerlo realidad –siguió Mel, mientras desabrochaba los botones del camisón.

En cuanto Cameron se agarró al pezón, Eliza empezó a llorar pidiendo su ración.

–¿Te sientes abandonada, cariño? Ven con papá –Luke la tomó en brazos, sujetándola como si fuera la más delicada porcelana.

–Ningún problema, hay suficiente para los dos –dijo Mel.

Luke la ayudó a colocarse a los dos niños al pecho al mismo tiempo y se sentó al borde de la cama, apártandole el pelo de su cara y rozándole los labios con un dedo.

–Ahora yo me siento abandonado.

Melanie lo miró.

–Necesitas dormir, cariño. Y tampoco estaría mal que te afeitases.

Parecía cansado y desaliñado, pero tan irresistiblemente sexy como siempre.

Teniendo dos bebés, el sexo le parecía tan remoto como la luna, pero el amor, la clase de amor que no hacía demandas, el amor que veía en los ojos de Luke, estaba ahí para siempre.

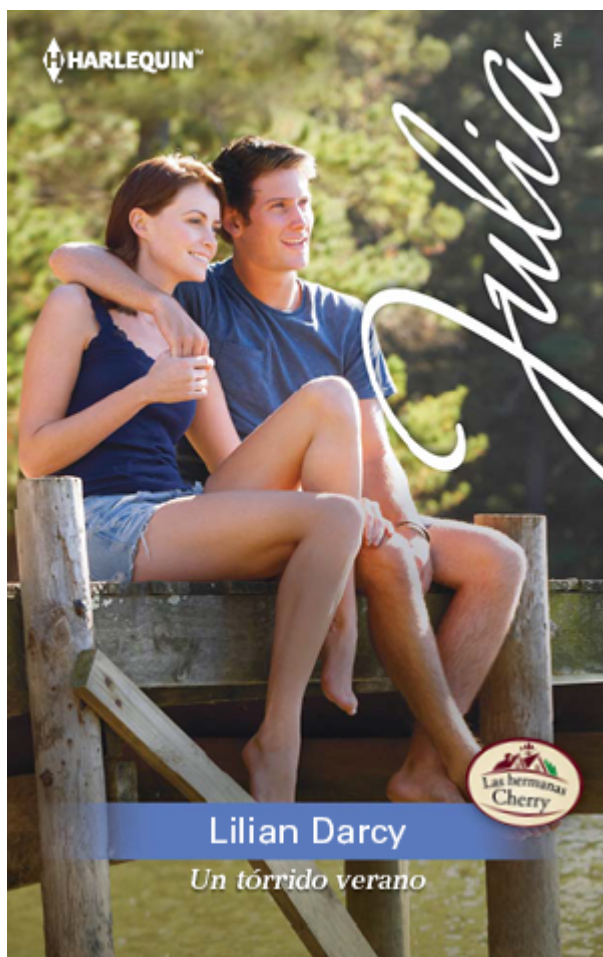
Como si hubiera leído sus pensamientos, él esbozó una sonrisa.

–La vida está a punto de volverse mucho más complicada.

Melanie levantó la cabeza y buscó sus labios en un beso tierno.

–No querría que fuese de ningún otro modo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)